Repertorio Americano

SEMANARIO DE CULTURA HISPANICA

Tomo XXXVII | San José, Costa Rica | 1940 | Sábado 16 de Noviembre | Nº 24

Año XXI — Nº 904

Contenido:

Es la hora de los buenos americanos

(En el *Rep. Amer.* La Plata, setiembre de 1940).

Amigo Pedro Henríquez Ureña:

Hace algunos años, tres amigos se reunían puntualmente una vez por semana para conversar sobre nuestra América, sobre su ser, su pasado y su destino. Uno de estos tres amigos preocupados por el hecho americano era usted; otro, don Alfonso Reyes; el tercero, mucho menos adelantado en americanismo, aprovechaba ante todo la ocasión para aprender. Fuera el que fuese el tema concreto de cada conversación, una comprobación surgía cada tarde y aun a cada momento, no por esperada menos sorprendente en su evidencia: la unidad de la América que habla nuestro idioma, el sincronismo de sus movimientos, la oculta solidaridad de sus pueblos— pese a su material separación por mares y distancias. Si es valedero el precepto que manda: "llega a ser lo que eres", que señala la obligación de dar consistencia y efectividad a lo que late en el fondo de cada ser como su posibilidad suma, uno de los imperativos supremos para Iberoamérica es organizar su vida desenterrando y realizando esta unidad, invisible acaso para la ojeada superficial, pero patente apenas se mira su cuerpo al trasluz; esta maravillosa unanimidad de la vida y del espíritu de estos países, consustancial con su ser mismo.

Si tal imperativo era antes obligación, ahora es además urgencia. La ocasión pide obreros de la unidad de América; exige el "buen americano" que posea en su conciencia como dato principal este sentido de la comunidad.

En Europa se clamaba también por el "buen europeo", pero como quien tiende la mano tras el contorno fugaz de un sueño o como quien pide peras al olmo. En cambio, en nuestra América, la demanda del buen americano es como pedir peras a un peral—a un viejo y frondo peral, acaso olvidado—por lo mismo que estaba ahí desde siempre—en un rincón del huerto familiar.

Y usted, amigo Henríquez Ureña, es uno de estos buenos americanos, y aun uno de los mejores. Es un hecho tan palpable y reconocido, que ha obtenido ya su sanción por consenso unánime: Nuestra América le ha discernido el grado de doctor en americanidad, el más alto por cierto que pueda otorgar. Y desde hace tiempo no es lícito ni casi decente pensar o intentar cualquier empresa de serio americanismo sin contar de algún modo con usted.

La situación actual exige que América se haga dueña de sí y acabe de encontrarse a sí misma, y no sólo para asegurar su autonomía, preservar su peculiaridad y gobernar su propio destino, sino también para asumir una función de más largo alcance, la de señalar el rumbo a la cultura de Occidente. Si la cultura occidental no ha de quedar abolida, tendrá que trasladar su centro al Continente que, con nombre en donde hay un son de presagio, se denomina Occidental. Esta vieja cultura de Occidente tiene muchas caras y no es fácil determinarla y definirla; pero una cosa parece en ella evidente: es la única gran cultura histórica en la que emerge la personalidad humana, en la que el hombre recorta su perfil singular.

En el Oriente amarillo, la personalidad naufraga en mares humanos, en pululamientos indiferenciados. En la India, el individuo parece fundirse en la realidad cósmica y aspira al aniquilamiento como ideal de perfección. En un lado, la densa y continua masa humana; en el otro, lo humano apenas desprendido del todo y soñando con volver a sumirse en él. Sólo en Occidente la unidad humana se desgaja, pronuncia un "yo" satánico y divino y comienza por ser individuo para llegar a la larga a ser persona. La personalidad es la esencia y el destino del hombre de Occidente, y si creemos que no hay destino más alto, hemos de pugnar por que en América sea posible que tal destino siga cumpliéndose.

Esta es, pues, la hora de América; la hora del esfuerzo, de la gloria y del riesgo. Y sólo una América dueña de sí podrá comprender y afrontar la tarea. Es por lo tanto la hora del americano excelente, del buen americano capaz de contribuir a que la idea y la emoción de América aniden en cada conciencia americana. Es, amigo Henríquez Ureña, la hora de usted y de sus pares.

Viajando desde este extremo sur hasta las costas del norte, recapitulará usted otra vez su América. Allá dirá lo que es la América nuestra, cosas aprendidas y cosas no aprendidas, unas que pertenecen a su saber de cumplido humanista y otras que le vienen por sus últimas raíces. Las dirá en la cátedra y fuera de ella, con esa su palabra moderada y tranquila que es la voz de la veracidad y de la persuación. Nosotros quedamos aguardando su regreso y lo que nos dirá cuando llegue: también cosas esenciales, porque es un problema capital en este instante saber cómo pueden y deben articularse la una con la otra las dos Américas.

Nos resignamos a su partida pensando en su vuelta, y prefiguramos desde ahora su regreso en esta despedida.

FRANCISCO ROMERO



Pedro Henríquez Ureña

(Hacia 1922)

*

Los manantiales

Lee los libros esenciales,
bebe leche de leonas; gusta el vino
de los fuertes: tu Platón y tu Plotino,
tu Pitágoras, tu Biblia, tus indos inmemoriales:
Epicteto, Marco Aurelio... ¡Todo el frescor
[cristalino
que nos brindan los eternos manantiales!

AMADO NERVO

Dicbre. 21 de 1917.

(Del Vol. XVIII de las *Obras Completas*. "Biblioteca Nueva". Madrid. 1921.

Universidad Popular Alejandro Korn

despide a Pedro Henríquez Ureña

(7 de setiembre, 1940.—49.729. La Plata)

Pedro Henríquez Ureña parte para Estados Unidos el 13 del corriente, invitado por la Universidad de Harvard con el objeto de dictar un curso de conferencias durante el próximo ciclo universitario.

La Universidad Popular Alejandro Korn, con este motivo, desea testimoniar al escritor, al maestro y al amigo, la simpatía y solidaridad de los que en este país han apreciado su labor y gozado de su amistad.

Con tal motivo, el sábado 7 del corriente, a las 18.30, se servirá un cocktail *en nuestra casa, para el que desearíamos contar con su presencia.*

Saludamos a usted afectuosamente.

Por el Consejo Directivo.

A. ORFILA REYNAL
Secretario General

En esta fiesta, a la que queremos asignarle un sentido de solidaridad americana, dirán breves palabras: Marta Brunet, cónsul chilena; Victoria Ocampo, de la revista Sur*: Germán Arciniegas, consejero de la Embajada de Colombia; Ricardo Baeza, por los escritores de la República Española; Francisco Romero, de las Universidades de Buenos Aires y La Plata; José Luis Romero, designado por el Colegio Libre de Estudios Superiores; Carlos Sánchez Viamonte, del Colegio Nacional; y un alumno del mismo. El estudiante peruano Marcial Gayoso, ejecutará en el arpa música folklórica americana.*

Solicitamos de su gentileza, quiera reservar su tarjeta antes del día 5.

Tarjeta $ 1.50.

Vida, miseria y grandezas del idioma castellano en América

(Agencia *Andi.* Buenos Aires, agosto de 1939)

Organizado por la Sociedad Argentina de Estudios Lingüísticos, el próximo mes de septiembre se celebrará en Buenos Aires el primer Congreso Americano de Lenguas. La ocasión se presenta propicia para meditar sobre la aventura del idioma castellano en América. ¿Se enriquece o empobrece, permanece estacionario o se transforma esa lengua en el nuevo teatro de su expansión? Era el caso de hablar de este y otros aspectos del problema con los doctos que han dado pruebas de su dominio en la materia, y es por ello que acudimos a Pedro Henríquez Ureña.

El ilustre dominicano, que ha desarrollado en la Argentina una labor intelectual de tanto brillo y calidad, tiene en su haber una importante producción literaria. Ha publicado una tragedia, "El nacimiento de Dionisos"; un libro de cuentos y otro de ensayos sobre filosofía, intitulado "Horas de estudio". "En la orilla: Mi España", contiene varios estudios y fantasías. "Seis ensayos en busca de nuestra expresión" ha causado honda impresión en el continente, lo propio que "La cultura y las letras coloniales en Santo Domingo" y "La utopía en América".

Pedro Henríquez Ureña no sólo es un escritor de primera magnitud; es además un estudioso que ha profundizado los problemas del idioma. Entre sus obras filológicas merecen una mención especial: "La versificación irregular en la poesía castellana"; "El supuesto andalucismo de América"; "Comienzos del español en América"; "Para la historia de los indigenismos"; "Estudios sobre el español en Méjico, la América Central y los Estados Unidos".

El castellano en América

El docto profesor dominicano nos recibió con la sencillez de un estudiante. Procura disimular su vasto saber diciendo las cosas más profundas con el ligero tono de las conversaciones banales. No obstante, se advierte que la frase trasparente se ciñe con justeza al concepto preciso, al pensamiento hondo. Le preguntamos:

—¿Ha adquirido tonalidades nuevas el español en América?

Y viene la respuesta admirable:

—Todo idioma, al trasplantarse, adquiere matices nuevos. Ante todo, de vocabulario. Pero, desde luego, no hay matiz americano único. Hay cinco grandes zonas del español en América: la del Río de la Plata; la de Chile; la andina, que abarca el Perú, Bolivia, parte del norte argentino, el Ecuador y la mayor parte de Colombia; la del Mar Caribe, que comprende las Antillas, Venezuela y la costa Atlántica de Colombia; la de Méjico y la América Central, que comprende las cinco Repúblicas de Guatemala, Honduras, El Salvador, Nicaragua y Costa Rica. Esta zona abarca la porción de los Estados Unidos que perteneció a Méjico y donde todavía se habla castellano. Pero después, dentro de cada zona hay matices. Todo idioma, en su existencia real, está lleno de matices locales: es "el habla". Pero existe como entidad general "la lengua", cuyo conjunto es patrimonio común.

Transformaciones disímiles

—¿Se enriquece o se empobrece el español en América?, inquirimos.

Henríquez Ureña enuncia su pensamiento sin equívocos, concisamente:

—Eso varía según las regiones y las condiciones de vida y de cultura.

El español que se habla en comunidades pobres e incultas se empobrece, lo mismo en América que en España. El que se habla en ciudades activas tiende a enriquecerse.

Los dos aportes

—¿Cuál es, en líneas generales, seguimos preguntando, el aporte de la gente culta, de los intelectuales y de la masa del pueblo, en la evolución del español hablado y escrito de nuestro continente?

—La influencia de la gente culta, responde Henríquez Ureña, no se ejerce en América en sentido diferente del que tiene en España. Para expresar nuevos conceptos, se buscan nuevas palabras, nuevos giros. Durante muchos años, esta innovación se ha venido realizando de acuerdo con el ejemplo de otros idiomas más que por invención propia. De ahí el problema de las palabras y giros extranjeros que se introducen en la lengua. El arte de imitar las innovaciones lingüísticas extranjeras es muy delicado: quien lo domina, sabe evitar las innovaciones demasiado discordantes. Este arte lo posee en España José Ortega y Gasset. En Argentina puede señalarse como modelo el lenguaje filosófico de Alejandro Korn, cuya terminología técnica quedaba admirablemente encajada dentro de una lengua de rica base criolla. En lo literario habría ejemplos interesantes que citar. Mencionaré uno: el de Borges.

Y tras una pausa, prosigue:

—La aportación del pueblo creo que está sobre todo en la conservación de palabras indígenas, que son abundantes hasta en una ciudad tan europeizada como Buenos Aires, y en la conservación de viejas formas castizas, como las características del habla gauchesca. Hay, además, formas nuevas e interesantes que surgen del habla popular. Es también de origen popular cierta cantidad de extranjerismos traídos por los inmigrantes.

América y la universalización del español

—¿Qué influjo ejerce América, interrogamos, en el sentido de la universalización del habla española en el mundo?

Nuestro docto interlocutor expone su pensamiento:

—La creciente importancia económica, política y cultural de los países de América ha hecho aumentar, especialmente desde 1914, la importancia de nuestro idioma en el mundo. En Europa y los Estados Unidos se estudia hoy mucho más español que hace veinte y cinco años. E igualmente literatura española e hispanoamericana. En el curso escolar de 1937-1938 se dieron en las Universidades de Estados Unidos ciento noventa y nueve cursos de literatura de América española, aparte de los centenares dedicados a la literatura de España.

La enseñanza del castellano en Argentina

Formulamos otra pregunta:

—¿Qué fallas encuentra usted, en los métodos de enseñanza del castellano en la Argentina,

—Creo, nos dice Henríquez Ureña, que la enseñanza del castellano en la Argentina está bien orientada: se enseña el manejo del idioma mediante lecturas, composiciones y otros ejercicios, además de la doctrina lingüística y las reglas gramaticales. Se evita el exceso de la mera gramática, en que incurren algunos países de habla castellana.

Lo que debe ser una Gramática

El tema es interesante. Por eso insistimos:

—¿Puede decirnos algo sobre lo que debe ser una gramática castellana para uso de los americanos?

Henríquez Ureña tiene un recuerdo justiciero:

—El ejemplo lo dió magistralmente Andrés Bello: la gramática debe explicar los principios fundamentales de la estructura y el funcionamiento de la lengua, y en la parte de reglas debe atender a la corrección de usos locales incorrectos.

Sólo hay que evitar el error de creer que sólo España puede dar las normas del uso correcto: éste lo representan igualmente los escritores y demás personas cultas de América y España.

Pedro Henríquez Ureña es coautor de una de las mejores gramáticas que se han publicado en América en lo que va corrido del siglo. Era oportuno referirse a dicha obra:

—¿Qué criterio le guió en la confección de la gramática que ha publicado?

—En la gramática, se nos responde, que he escrito en colaboración con el Doctor Amado Alonso, director del Instituto de Filología de la Universidad de Buenos Aires, nos han guiado las ideas que dejo expresadas. Además, hemos procurado poner en circulación las más avanzadas doctrinas de la lingüística moderna, que pocas veces habían trascendido a las gramáticas castellanas. No hay razón ninguna para continuar repitiendo, en las gramáticas, doctrinas lingüísticas atrasadas: es como si enseñáramos todavía la física según Aristóteles.

El problema del Diccionario americano

Quisimos, finalmente, plantear, al docto maestro un problema que interesa considerablemente a nuestro continente. Y le inquirimos:

—¿No cree que haya llegado el momento de que las varias Academias de la Lengua que existen en las capitales del Nuevo Mundo deban coordinar su acción para publicar un diccionario americano del español con inclusión de las voces regionales y demás americanismos que invaden la obra de los nuevos novelistas de nuestro continente? ¿De dónde debe partir la iniciativa para realizar dicho proyecto?

—El proyecto sería interesante, reconoce Henríquez Ureña, pero no veo probabilidad de que se realice. Las Academias de la Lengua a que se refiere usted, son las correspondientes de la de Madrid; en general—hasta donde me es dado conocerlas—, funcionan como instituciones particulares, sin recursos importantes, y la mayor parte de ellas realizan muy pocas reuniones. No pueden, pues, emprender una labor tan larga y costosa.

Dimos fin a la entrevista. Las palabras de Pedro Henríquez Ureña arrojan una luz singular sobre los problemas lingüísticos que se relacionan con la existencia del castellano en América. Pocas veces se ha hablado con tanta claridad, profundidad y sencillez, sobre temas científicos de suyo áridos y un tanto abstrusos.

J. Natalicio González

Partidos políticos

(En el *Rep. Amer.* Tegucigalpa, Honduras, setiembre de 1940).

En días pasados *El Diario de Hoy* abordó en cierto aspecto y en brioso artículo la cuestión de los Partidos Políticos en Centro América. Un diario hondureño a su vez formuló acerca de él un comentario. Sobre ambos vamos a decir algo. El asunto se presta para ser considerado línea por línea, con tan abundante material que la tarea tendría meses de duración. Pero también puede englobarse en unos cuantos párrafos, abarcando los puntos principals expresados en uno y otro.

En el artículo se condenan los partidos y las guerras sostenidas por ellos. Luego y como a la luz de un relámpago el bien intencionado autor de él dirige una mirada hacia La Gran Colombia, la República Federal de Centro América, Nicaragua, Argentina y México, y termina diciendo que a quienes debe acusarse es a los hombres y a la sociedad de América.

Bueno. ¿Deben o no existir los Partidos sea cual fuere su ideología en estos medios ignorantes, "chúcaros y selváticos"? ¿Con qué se les reemplazan cuando faltan?

En nuestro concepto los partidos tienen gravísimos inconvenientes, y tantos, que hay quienes con razón los repudien, como el autor del artículo, que alienta ideales por sobre ellos; pero creemos también sinceramente que en lo general son preferibles a su carencia. ¿Cómo se dirige el juego para la dirección pública cuando aquellos faltan? Pues por el sistema personalista, que da vida a simulacros de partidos, con programas para una alborada y con la duración de un fuego fatuo. Pasado el torneo, la vida burocrática sigue su mismo curso, con una totalidad de elementos presupuestiles, que alcanza una duración tan larga como su propia existencia. Las ocasiones de renovación y de sustitución son poquísimas. Una cantidad de hombres, unos muy visibles y otros muy poco, pero que escogidos con sagacidad y con desprendimiento de vínculos y de diferencias de toda clase pueden dar un aporte significadísimo, con libertad para iniciar, no llegan sino los unos efímeramente y los otros nunca a tener oportunidad. ¿Que los partidos tienen los mismos inconvenientes? Sí, pero con menos frecuencia y con más calor ciudadano. Entre ambos sistemas, sin vacilar estamos por éstos.

Ahora, que los partidos con sus choques mantuvieron el atraso de los pueblos centroamericanos, ¡quién sabe! Quizá no. Desinteresados, pensativos, hemos leído muchas páginas de la historia de estos pueblos, y con ambas manos sobre el corazón creemos que su lento desarrollo tiene causas diferentes: 1ª La población incipiente al obtener su independencia. 2ª Sus recursos exiguos entonces. 3ª Su ignorancia, que aún se prolonga espesa a la época actual. 4ª La eterna improvisación para la dirección pública. 5ª La servil e ingrata labor de la prensa, con sus rarísimas excepciones, por supuesto. Labor encaminada a fines de arrastramiento y adulación vergonzosas. Como causa de la estagnación de estos pueblos, ella sola tiene una significación extraordinaria. La adulación en esta última década ha alcanzado caracteres epidémicos, verdaderamente delictivos. 6ª La prodigalidad para con el extranjero. 7ª La mentira acerca de sus grandes riquezas y el derroche inconsciente que se ha hecho de ellas. (Las mineras son un ejemplo. Vamos a hacer una cita. Cuando Honduras otorgó su primera concesión por veinte años para la explotación de la mina de San Juancito, estaban vigentes las leyes españolas que obligaban al concesionario a "contribuir en favor de la Hacienda con parte de los metales que extrajera". Pues bien, la dió gratis, con una serie de privilegios y dispensas para su explotación. Las sucesivas concesiones adolecieron bajo otro régimen de leyes de la misma falta. Se conformó con avalorios: tuberías y cerramento de baches. Sin embargo, no ha solicitado hasta hoy una justa indemnización). 8ª La carencia de respeto a la ley y su falta de arraigamiento con integridad en el alma, los esfuerzos para acallar los gritos de la conciencia para pisotearla, y su escarnio con argumentos que sólo dejan a salvo el sometimiento y la conveniencia. Esas causas y otras más que es innecesario señalar, son las que han determinado tal atraso, más, cien más que los choques de los partidos.

¿El sistema personalista salva el inconveniente de desembocar en las dictaduras? No. ¿Entonces, cuáles son sus ventajas sobre aquellas entidades?

Si en algún país, Costa Rica, por ejemplo, ese sistema no ha desembocado en ellas, es por una práctica excelente seguida de antaño, casi desde a raíz de la fusilación de Morazán, y es la de escoger, salvo uno que otro caso, entre lo mejor, lo más notable para la dirección pública. Claro, esos individuos sobresalientes en la relatividad de su medio, pero sobresalientes de veras, sin la política y por sobre la política, naturalmente no quieren perder, se presente o no la ocasión, la estimación que se guardan a sí mismos, y eso sólo más que la preocupación de perder la estimación pública,—y conformarse con la simulada,—los pone a salvo de desembocar fuera del orden democrático. A parte de eso, hay una influencia de carácter histórico que hemos de referir en alguna ocasión.

Sin los partidos de la índole de los que existen en la casi totalidad de los pueblos del continente, los Estados Unidos están corriendo peligro de romper el orden democrático, y tal paso si llega a darse, señalará el primer síntoma de la decadencia moral de aquel pueblo. Gran mal habrá en ello, pero al fin y al cabo definirá situaciones equívocas, y resplandecerá

más Costa Rica, con una organización cívica más seria y menos ambiciosa.

Nosotros estamos con el sentir de Eduardo Santos, actual Presidente de Colombia:

"Las dictaduras americanas suelen tener grandes defensores en ciertos países ultramarinos. Esas dictaduras dan no sólo garantías sino privilegios al trabajo extranjero; facilitan las concesiones; manteniendo inexorablemente el orden, permiten la tranquila explotación de las riquezas naturales. ¿Qué pueden importar a esos extranjeros la vida civil, las libertades, las ambiciones y anhelos de un pueblo que se siente esclavo en su tierra? Las dictaduras son el régimen ideal para las factorías; pero en ellas se asfixia el espíritu, se deprime el carácter y se mustia esa cosa impalpable y que en definitiva es la única importante, que se llama alma nacional, agobiada por todas las desventuras de la prisión, del silencio forzado, de la falta de libertades y derechos. Régimen funesto para América que necesita más que de riquezas de hombres, más que de maquinaria extranjera de ideas propias, más que de un orden impuesto por la tiranía, de una actividad fecunda al amparo de la actividad democrática. Mucho se ha hablado de los males de la América convulsiva; peor que su estruendo trágico nos parece un silencio medroso impuesto por los machetes de los caudillos y preñado de futuras catástrofes."

Cuesta soltar el lápiz, ¿verdad? al referirse a asuntos de este género. ¡Qué palabras las de Santos!

El comentario del diario hondureño se contrajo, entre otras cosas, a asegurar que en algunos de los países centroamericanos esos partidos han muerto y que en otros están muriendo y citó al propio Honduras. En dos de ellos existieron muy poco tiempo. En cuanto a los otros cabe apuntar lo siguiente: un partido puede suspender sus actividades o dejar de actuar poco o mucho tiempo, sin que por ello pueda decirse que está muerto o que tiene siquiera muerte aparente. No, de ninguna manera. Vamos a demostrarlo yendo otra vez a Colombia: el partdio liberal perdió el poder durante cincuenta años, por choques entre los mismos liberales, que participaron en una revuelta contra el Presidente Núñez. Pues bien, en esa situación se encontraban cuando apareció Alfonso López. Acerca de él, dice el *Noticiaro Colombiano*, que hace circular la Legación de Colombia en Costa Rica, correspondiente al mes de diciembre del año pasado, lo que sigue:

"Había transcurrido la mitad de un siglo sin que nada lograra turbar seriamente el plácido y exclusivo disfrute de todos los manjares del poder y de todas las regalías del presupuesto por parte de una casta feudal y clerical. La hegemonía conservadora parecía tocada de eternidad. Ni la trágica noche de Palo Negro, ni Agua Dulce, ni la carga legendaria de Peralonso, ni el 13 de marzo, ni el 8 de junio, ni cien mil discursos violentos, ni cien mil editoriales corrosivos, nada había podido inquietarla. Y de pronto cuando la calma parecía más inviolable, se levanta en el seno de una confusa asamblea, Alfonso López, ese clubman, ese sibarita, ese tertuliano de profesión, sin prestigio, sin el respeto de nadie, contando apenas con el apoyo de una camarilla de políticos diletantes y alegres, y con la admiración irreflexiva de media docena de poetas menesterosos. Y dice allí, entre los gritos regocijados y los cuchicheos burlones:

—Preparémonos para tomar el poder!

Se hace elegir allí mismo jefe de un partido anarquizado. En una semana reúne las dispersas huestes democráticas, destituye a los cabecillas derrotistas, asalta con frases de mundo las empresas más populares de la prensa y al cabo de cien días le entrega el poder al liberalismo..." El colocó a Olaya Herrera.

Está dicho partido iniciando su tercera administración, y posiblemente le devuelva al conservatismo sus cincuenta años.

En esta forma no será extraño que más adelante lleguen a un entendimiento que reclama la justicia económica para las entidades de esa índole en todas partes: el turno, la rotación burocrática. Una agrupación política no debe hacer patrimonio suyo la nación, en perjuicio de los demás hombres que han nacido en el mismo suelo.

Mueren y a veces muy pronto, los seudo partidos que se organizan con fracciones que se desprenden de los grupos principales. Vamos a mencionar uno de ellos en la misma Colombia. "El Partido Republicano tuvo una actuación brillante pero efímera: él llevó a la Presidencia a Restrepo, de quien dijo Eduardo Santos que había sido el mejor Presidente de aquel país, y tómese en cuenta que allí fue Presidente Bolívar, y que lo fué también Santander.

Santos después de hablar de los triunfos de dicha agrupación, dice:

"Pero después vino, cada día más acentuada y alarmente, una inercia en que fué disgregándose aquel conglomerado que había sido tan fuerte y eficaz; la decadencia fué lenta, pero incontenible, a pesar de cuanto hacían ciertos voceros enamorados de la acción. En 1917 una Convención Nacional marcó por inmensa mayoría un rumbo del cual se apartaron casi todos los jefes, y pasada aquella intensa lucha las dos fracciones en que el republicanismo se había dividido parecieron reconciliarse en el seno de un estancamiento definitivo".

"En los últimos tres años los directores, si existían, callaron como muertos. Los miembros del Centro Nacional lanzaron dos Manifiestos que no lograron hacer salir de su quietud a los copartidarios, y desilusionados ante la falta de eco, resolvieron callar también. A ese Directorio Nacional no llegaban ni informes, ni consultas, ni apoyos, ni respuestas siquiera a las excitaciones que hacía. En las últimas elecciones no se levantó en ningún rincón del país el pendón del Partido Republicano, y sin acuerdo alguno, sin consulta ni anuncio siquiera, resultaron de acuerdo los republicanos de todo el país en no hacer nada, en no dar siquiera muestras de existencia. Tres periodistas republicanos de Bogotá, en sensacional carta dirigida al ilustre doctor Restrepo, quisieron provocar violentamente una reacción, sacudir el marasmo bajo el cual yacía el Partido, y sólo lograron crear un breve paréntesis de ruido estéril extinguido el cual todo quedó peor que antes. Las peticiones para la reunión de la Convención, las tentativas de renovación, todo encallaba en ese espíritu de inercia que parecía definitivamente adueñado del Partido."

Y terminó diciendo "que a la agrupación conservadora le bastaba para mantener su hegemonía con la trabazón del poder no disputado en serio". Y en definitiva que el partido republicano perdió su valimento porque cayó en la fatiga de no hacer nada, que es la peor de las fatigas.

Estas referencias ilustran perfectamente el caso.

Como ya esto va para largo terminamos con esta anotación: como se ha hablado de las causas del atraso de estos pueblos, es preciso recordar que en la época colonial todos ellos tenían presupuestos diferentes. El de Honduras era muchas veces inferior al de Guatemala, a donde afluían gran parte de sus rentas para el sostenimiento de conventos. Era varias veces inferior al de El Salvador. Naturalmente su desenvolvimiento tenía que guardar un retardo paralelo. Honduras es el pueblo más atrasado de Centro América, sin embargo, es donde en todo momento se habla del progreso. Los habitantes todos están cansados de proceder tan demente. Entre más se abuse de él menos se hará. Entre ese sistema y la brutal franqueza del Gobernador Anguiano, estamos con éste. Más o menos tres lustros antes de arribar a la independencia fué llevado enfermo en una silla de Comayagua a Guatemala. De allí le dirigió una carta al Rey de España, diciéndole que le hacía presente las más efusivas gracias "por haberlo sacado de aquel chiquero que se llama Honduras". Cuando en el Archivo de Indias leímos dicha carta, meditamos un rato y sonreímos otro. Si uno de los Gobernadores anteriores hubiera hablado en la misma forma habría el Rey inquirido por las causas de ello, y quizá habría logrado mejorar la Provincia, pero se limitaban a callar y a hacer más pruebas que los acróbatas para sostenerse en el trapecio. Con eso cumplían sobradamente su misión. Si fué la regla general no faltaron algunos activos pero sin mayores arrestos ante el Monarca. No hay, pues, que olvidar a Anguiano y que entusiasmarse con puerilidades como los niños.

ALFREDO TREJO CASTILLO

León Trotsky en 1937

(De *Ercilla*. Santiago de Chile, 28 de agosto de 1940).

Manuel Eduardo Hubner, *diputado socialista por La Serena, es uno de los pocos chilenas que ha logrado traspasar las macizas puertas que resguardaban a Trotsky, en Coyoacán, cerca de la ciudad de México. Con él departió varias horas. He aquí el resultado de sus recuerdos.*

Con Trotsky

—¿Es efctivo que Ud. conoció personalmente a Trotsky?

—Sí. En Coyoacán, en el mismo distrito en que fué asesinado. Ignoro si la casa es la misma. Pues en aquella época, noviembre de 1937, residía en una vieja casona colonial, propiedad de Diego Ribera, quien riñó un año después con él. Tengo entendido que, ya distanciados ambos, León Trotsky se trasladó a otra casa, situada también en Coyoacán.

—¿Cómo era el ambiente?

—Saturado del interés lógico que emanaba el personaje. Coyoacán es una vieja villa española, soñolienta, silenciosa, que huele a tradición. De una paz infinita, apta para todos los estudios y los recogimientos. La casa, vieja como todas las de la vecindad, tenía algo de fortaleza. Hermética y cerrada a toda voz exterior.

Diego Ribera había concertado la entrevista. Yo llevaba a Trotsky un saludo de mi Partido, sin propósito político alguno. Mi curiosidad, curiosidad de revolucionario y de intelectual a la vez, era muy grande. Mi vieja pasión periodística, agudizada otra vez, me tenía los nervios tensos.

La presencia de Diego Ribera, robusta y alegre al mismo tiempo, abrió sin esfuerzo una pesada y claveteada puerta. Atravesamos un zaguán con pavimento de piedras, parecido a un túnel, y desembocamos a un patio pequeño. Tras un corredor de viejos ladrillos rojos, llegamos al amplio, sencillo y casi desnudo cuarto de trabajo, de muros gruesos, alto techo y pavimento de ladrillos, con algo de convento y de sala de armas a la vez. Una sencilla mesa de trabajo, sin pintar, como el resto del moviliario: grandes estantes adosados a los muros, algunos sillones de madera y paja trenzada, una especie de librero giratorio. Un cofre de viejo cuero, que parecía contener papeles. Un bellísimo apunte de Diego en el muro, inmediato a la ventana. Ambiente de silencio, de trabajo, con algo recogido y religioso. Ambiente de España en la América del siglo XVIII.

Una figura inconfundible se alzó prestamente de la mesa de tosca madera, atestada de papeles, como los estantes de libros. Vino a nuestro encuentro. ¡Era Trotsky!

Era elegante

—¿Y cómo era?

—Muy semejante a sus últimos retratos fotográficos. Sin ser propiamente alto, de estatura más que mediana, ligeramente encorvado, pero esbelto y ágil, con algo rápido, sorpresivo, en los movimientos. La figura exhalaba una distinción sorprendente, a pesar de la sencillez del indumento: una blusa rusa, de lana gris, cerrada al cuello; unos pantalones, grises también, sencillísimos: unos zapatos de cuero fuerte, como de excursionista.

—Distinguido dice Ud. ¿pero en qué sentido?

—En una instintiva aristocracia de maneras, acentuada por sus ademanes, su actitud toda, su sencilla cortesía. Nada especialmente afable, ni mucho menos melifluo. No. Una distinción, hija de una gran certeza en sí mismo, nacida de lo más mínimo. Un gran aire de autoridad a pesar de la soberana sencillez.

—¿Ya muy viejo o envejecido?

—No. Viejo, no. Envejecido, apenas. Envejecido corporalmente: enjuto, magro, apretado, con el color de exangüe. Pero sano, "bien conservado" como decimos en Chile. La cabellera, por completo cana, con ya mucho de nieve. Los espejuelos tan conocidos, dejando ver unos ojos de duro acero, duchos en el arte de mirar lejos, pero que fácilmente se tornaban incisivos, taladradores, desagradablemente penetrantes. Eso, y una curiosa risa, como de falsete, como detrás de él, como proferida por alguien que no era ninguno de los presentes, como vertida por algún ídolo de madera o de piedra. Salvo eso, todo el resto de la figura y la personalidad eran de una atracción extraordinaria, de una fuerza espiritual casi increíble, que hace pensar en cosas de teosofía. Salvo Roosevelt, cuya simpatía personal excede todo comentario, no he conocido a nadie que tenga el poder de sugestión de León Trotsky?

—¿Cómo hablaba?

—En forma muy tranquila, con frases escuetas, perfectamente redondeadas. Daba la impresión de que, deliberadamente, no ponía tan siquiera una coma de más en sus palabras. A ratos, se adivinaba en él el hombre habituado a dictar a numerosos secretarios. Una increíble precisión en el lenguaje. Y, a la vez, algo tan maduro, tan sólido en el pensamiento, que sorprendía también. Casi un libro. O, mejor dicho, un conversador situado más allá de la conversación, absolutamente consciente de lo que significaba cada palabra suya.

—¿De qué hablaron?

—De mil cosas. Imagine, ¡cinco horas de charla! Pero evitamos cuidadosamente la política en sí misma. Ni una palabra sobre la URSS. Ni una sobre Stalin. Ni una sobre México y su situación política. Trotsky había prometido, al entrar a México, no aludir nunca a ella. Y yo, por mi parte, no pretendí tampoco "tirarle la lengua". Habría sido impertinente, además de inútil.



—¿Pero hablaron de la situación internacional de la IV Internacional?

—Tampoco. De la IV Internacional, no. Como tampoco de la III. De la situación internacional, sí. Trotsky se refirió a España e hizo un análisis, abrumador, de la situación de aquel entonces. Habló de la derrota de los republicanos antes de un año y medio. De la desparicin de Austria, de Checoeslovaquia, y de la Guerra Mundial próxima, inevitable según él, antes de dos años. Aludió también al triunfo alemán, o mejor dicho, a la derrota de Francia y de Inglaterra. Dió a entender que advendría un entendimiento germano-soviético.

América Latina

—¿Y sobre la América Latina?

—Sobre eso versaron los cuatro quintos de la conversación. Le apasionaba el tema. En torno a Chile, especialmente, demostró una curiosidad insaciable. Me acribilló a preguntas. Hube de hacerle un desarrollo histórico, social, político y económico de Chile. Pude satisfacerlo en parte siquiera. Se advertía en él una cultura tan sólida, un razonamiento tan implacable, una capacidad tan poderosa de análisis, que, realmente, aplastaba. Sin embargo, advertí en él un deseo evidente de no demostrarlo, antes bien, ayudar al interlocutor. Esto me fué, personalmente agradable.

El F. P. de Chile

—¿Por qué tanto de Chile?

—Por lo del Frente Popular, evidentemente. Le interesaba, sin duda, el hecho de cómo y el por qué del Frente Popular. También, todavía con interés aún mayor, el nacimiento, el desarrollo y la significación de nuestro Partido. En este punto, sobre todo, alzó una punta del velo con que encubría la conversación. O, mejor dicho, dejó ver un interés especialísimo. Le sorprendía que existiera nuestro Partido. Y no sólo eso. Llegó a manifestar que era el único en su género, es decir, no reformista ni amarillo, pero revolucionario, de masas, y con curioso acento americano. Quería saber qué causas económicas y sociales habían hecho posible en Chile la aparición de nuestro P. S. y por qué Chile presentaba características tan singulares dentro de América.

—¿No le hizo usted preguntas especiales?

—Intenté hacerlo una vez, pero no tuve resultado. Le interrogué cuáles serían, en sus lineamientos generales, las bases tácticas sobre las cuales debiera desarrollarse en Chile nuestra lucha revolucionaria. Se excusó, manifestando perentoriamente que no podía hacerlo, por carencia de datos y desconocimiento del medio. Agregó que comenzaba a estudiar problemas

de Latino América, pero que no era serio avanzar opiniones sobre ella.

—¿Y con respecto al trotskysmo chileno o latino-americano?

—Aludí a ello en la forma más discreta que pude, pero sólo pude notar en él una ligera sonrisa. Me dió la impresión de que no le atribuía importancia, pues dijo que, entre otras molestias, tenía que soportar el que se llamaran *trotskistas* gente que no sabía nada de marxismo, ni mucho menos nada de él, de sus propósitos y sus proyectos.

—¿Despectivo, en resumen, con respecto a ese punto?

—Como a casi todos. Se colocaba en un plano superior. Tanto el trotskismo, como el stalinismo, como el frentismo: se veía que todo eso sólo merecía de él un menosprecio perceptible o una sonrisa desdeñosa y artificialmente jovial. Lo que le interesaba en cambio, y poderosamente, eran los hechos. Las realidades vivas de nuestra América y de Chile, en especial. Era un estudioso, un investigador, el que hablaba conmigo. No un político, ni mucho menos un despechado. Pues, pese a su odio por Stalin y la actual URSS, de todos conocidos por lo demás, jamás, a lo largo de esa charla, hizo un gesto que lo denotara.

—¿Y qué otras cosas sobresalientes hubo en la entrevista?

—Una soberbia digresión sobre historia y literatura. Una rápida visión de Spengler y algunos puntos de vista sobre el Arte contemporáneo, desde el punto de vista de las masas. Y también algunas alusiones a las literaturas de España y de nuestra América. Tenía admiración por Cervantes y por Lope. De la América Latina no conocía casi nada. Sólo, vagamente, algo sobre "Don Segundo Sombra" y "Los de Abajo". Pero hizo consideraciones generales de un valor positivo sobre nuestra literatura incipiente.

Una tasa de té

—¿Por qué demoró tanto la charla?

—Porque tuvo un tono amistoso, y no interrogativo, de asalto a la intimidad que guardaba tan celosamente. Fué cortada la charla por una invitación a tomar el té. Pasamos a un comedor, tan sencillo como el resto de la casa—la misma mesa de madera sin pintar, los mismos muros enjalbegados de cal azul, más un techo de madera pintada de marrón muy obscuro y algunas bellas y alegres alfarerías mexicanas—y allí tomamos un té sencillo: panecillos, una mermelada, tostadas, hasta "tortillas" mexicanas, para Diego y Frida, seguramente. No olvido la impresión de ver a Trotsky esparciendo dulce de guayaba sobre una tostada, dándosela a mi señora.

Recuerdo, igualmente, con igual intensidad, a Natalia Sedova, su compañera de 38 años. Rubia, con el cabello ya descolorido; ojos azules, intensos, algo "volados", pero con una fijeza melancólica siempre, como recordando algo muy doloroso; mayor que él al parecer, o tal vez si más envejecida; pequeña, algo encorvada también, magra y empalidecida como él. Advertí en ella, en relación a él, una actitud de constante ternura, saturada de compañerismo y de admiración, realmente emocionante.

Su casa de campo

—¿Era cierto que estaba muy guardado, rodeado de guardias y vigilantes?

—Sí, y no. No en cuanto a guardias especiales del Gobierno mexicano. No. Nadie en las inmediaciones. Pero en la casa había algo de fortaleza hostil. Era, sin duda, una casa que esperaba un ataque. Todo hacía esa impresión: ventanas con reja de hierro, los muros muy altos y casi inaccesibles, la gran puerta casi blindada. Además, en tres habitaciones sucesivas, frente a mesas sencillas, seis secretarios, todos rubios, fuertes, casi hercúleos, con curiosas cabezas rapadas de soldados rusos. Sólo dos americanos. Todos muy jóvenes, muy devotos a él, que obedecían militarmente sus órdenes. En todos ellos, el mismo respeto, el mismo afecto y la misma admiración. Todos parecían armados o, en todo caso, resueltos a todo para defender a su líder y jefe. Me pareció entrever, al pasar, armas especiales en una de las habitaciones. Pero no puedo asegurarlo.

—¿Qué impresión personal le hizo a usted León Trotsky?

—La del hombre más extraordinario que he conocido. De mayor talla y majestad intelectuales. De la personalidad más fuerte y compacta que he conocido. Esta sensación fué tanto más fuerte cuanto que, a lo largo de mi corta vida de político y mis años de periodista y de escritor curioso y husmeador, he conocido y tratado de cerca a no pocos hombres públicos y de interés especial.

Onda corta...

En los dominios de Carías...

El periodista sudamericano *Jesús González Scarpetta* acaba de visitar Panamá invitado por el Presidente *Arias*. A su regreso de aquel país a Cuba, pasó por el puerto de Tela, en Honduras, en donde recogió estas impresiones que han visto la luz pública en el diario *El Mundo* de La Habana, en las ediciones del 13 y 15 de octubre de 1940, de las que tomamos los siguientes párrafos:

El barco arriba a un minúsculo puerto de la costa hondureña. Estamos en los dominios del general y doctor Tiburcio Carías Andino, —a quien Dios guarde otros cien años—, que ordena y manda, desde hace una década, por la gracia divina y por la soberana voluntad de la prórroga!! Aquí nos detendremos catorce horas, mientras se recoge un ópima cosecha de racimos de bananas. Cuarenta y cinco mil van a cargarse primero a lomo humano y luego por la tracción eléctrica...

Tela es un puerto minúsculo y triste, recostado en la falda de una pequeña cordillera. Sus pobladores son negros y mestizos...

Por las calles discurren gentes mal vestidas y peor "encaradas". Inútil buscar un rostro plácido que revele la alegría de vivir. Las bocas se pliegan en un rictus amargo y los ojos huidizos nos miran con recelo... De cuando en cuando pasa, con aire retador, algún agente del Orden Público, con pistola al cinto... ¡¡Son esbirros del general Carías!! Son ellos los que mantienen ese aire huidizo, desconfiado y torvo que observamos en todos los semblantes... Cualquier pequeña falta, cualquier frase imprudente, puede desatar sobre los *súbditos* del dictador en turno las iras del cacique local... Reina un ambiente de espionaje y miedo... Se cuchichea, se habla en voz baja, a nuestro paso, como temiendo despertar las furias de los sabuesos del general Carías...

—o—

En busca de alguna curiosidad local entramos a la tienda de un árabe tracomatoso y gordiflón...

—Y bien amigo, ¿a cómo se cotiza el *lempira?* —le preguntamos al hijo del profeta.

—"Nuestra" unidad monetaria ha sido estabilizada a razón de dos por dólar. Cada dos *lempiras* pesan un poco menos que una pieza de dólar. Luego vale más, proporcionalmente, "nuestra plata". El gobierno no permitiría jamás que se especule con "nuestro" metal circulante.

—Y ¿qué tal el gobierno del general Carías?

—Es el mejor que ha tenido el país hasta la fecha. Sobre todo ha acabado con la horrible plaga de la revolución. ¡Hay orden! Es lo que necesitamos para prosperar...

—Pero las cárceels están llenas de prisioneros políticos y los campesinos terriblemente esclavizados, trabajan de sol a sol por una mísera soldada y una parca ración de frijoles y maíz. ¡No comen carne nunca! Son mesnadas desnutridas y enfermas.

El árabe hace la apología del régimen. Los campesinos —dice— no están acostumbrados a vivir de otro modo...

El general Carías aplica la conocida fórmula: "conmigo o sinmigo". Y al que no quiere marcar el paso se le obliga por la razón o por la fuerza. No hay otra manera de gobernar "nuestro" país y otros muchos países de América... Si se concede demasiada *libertad* estallan disturbios y asonadas que retardan la marcha de la nación hacia el progreso... En cambio, si se aprieta, todo el mundo "se queda como en misa".

—o—

—El Gobierno ha fusilado ya unos cuantos... ¿No es eso?...

—Sí, es verdad. Pero es que el Gobierno del general Carías, a la inversa de lo que ocurre en otras zonas centroamericanas, donde se aplica la Ley de Fuga o se callan las represiones oficiales, aplica inexorablemente la pena capital en cumplimiento de los fallos de los Tribunales de Justicia o de las sentencias fulminadas por los Consejos de guerra... Y como no tiene por qué ocultar las ejecuciones de los reos a última pena, permite hasta que se tomen fotografías de estos actos legales...

—¡Tiene razón! No hace seis meses circuló en los más grandes rotativos de América la escena macabra de un fusilamiento típico... El reo, deplorablemente acobardado, deshecho, era casi arrastrado al paredón por un piquete de gendarmes descalzos... Por cierto que los pistoleros del régimen tenían atroces caras patibularias... ¡Mucho más patibularias que el condenado a muerte!...

Nuestro interlocutor protesta:

—¡No son pistoleros, ni mucho menos, señor mío! Son soldados del ejército regular, encargados del cumplimiento de un penosísimo deber. Y mire Ud.: cada vez que nuestro "magnánimo" general Carías se ve en el trance doloroso de sancionar una pena de muerte, su semblante se nubla y entristece; su pulso tiembla a los embates de una tempestad interior...

—¡Cómo no ha de temblar el implacable general!... El Licenciado Angel Zúñiga Huete, actualmente refugiado en México, ha denunciado en dos folletos sensacionales, una lista macabra de asesinatos y de crímenes dando los *nombres y domicilios de las víctimas*...

—Pero es que Zúñiga Huete aspira a la Presidencia de la República y, naturalmente, ve en el general Carías al principal opositor para el desarrollo de sus planes... Por lo demás no hay que hacerle mucho caso al panfletista. ¡Es un desesperado! Y un neurótico. Además, habla mal de su pueblo... El patriotismo nos obliga a silenciar nuestras faltas... Y es un deber de cortesía lavar la ropa sucia en casa.

—Eso no es patriotismo. ¡Es cobardía y complicidad!

Y, cortando violentamente la escabrosa charla, nos vamos a oxigenar al aire libre para purificar el cuerpo y el espíritu. ¡Qué se va a hacer, después de todo, meditamos! El defensor del general tiene muchísima razón. La tiene también el inflexible dictador hondureño, quien también podría exclamar, ante la absorta y prosternada muchedumbre, lo mismo que el tenebroso Zar, con los ojos bañados en locura, justificando sus espantosas degollinas:

—"Silencio. ¡De rodillas! En mi imperio no se envenena, ni se fusila a nadie sin una orden mía. Siempre lo que yo ordeno es legal."

—o—

Al trasponer el puente que nos reintegra al barco, alguien comenta:

—El señor Alcalde ordenará en breve el secuestro, la expulsión ó el inmediato sacrificio de los perros que transitan, sin el correspondiente bozal, por la vía pública

—Entonces —reflexionamos— sin que la frase aflore a nuestros labios, el "Mayor" de Tela va a proceder exactamente como Su Excelencia don Tiburcio Carías con los ciudadanos que osan andar sin mordaza y sin cadena por veredas opuestas a su régimen...

JESÚS GONZÁLEZ SCARPETTA
Redactor de *El Mundo*, La Habana.

A bordo del *Toloa*, octubre de 1940.

El llamado

(En el *Rep. Amer.* México, D. F., setiembre de 1940)

Centro América!
Garganta del Continente
propicia al grito unánime
de libertad y unión.
Centro América,
zona de rebeliones,
altar de sacrificios callados,
nudo vital del porvenir.

Estoy sola y temblando porque voy a cantarte.
Voy a decir la pena sin gemido
que a tus pueblos embarga.
Voy a dar grandes voces para que todos oigan
y acudan a ver llanto,
y acudan a ver sangre...
Allá están los maestros *expulsados del aula,*
condenados sin juicio,
prohibida su tutela para la juventud.
Allá están los esclavos de la Costa del Norte,
víctimas del banano y de la sigatoca
y, sobre todo, víctimas de la United Fruit.
Allá en tu seno, Centro América,
están clamando venganza
los que viven el infierno
del mineral de San Juan.
Y aquellos pobres indios
que caminan en recuas, como bestias
y que comen solamente chile y sal.
Bajan de la Cordillera
voces de airada protesta,
contra las manos para siempre manchadas
por una doble traición;
contra las manos vendidas
al invasor.
Los vampiros del pueblo chupan la sangre y sonríen
con estúpida crueldad.
Signos imperialistas dejan sus huellas
sobre tu más alta cima,
dominando con orgullo
mares y Continente.

Centro América,
lugar de proscripción de la Verdad.
Centro América,
en tu seno se coronan de hojalata
reyes de carnaval.

Venid todos a oír:
es mi voz que denuncia la infamia
y exige castigo.
El valor no está muerto,
viva la Libertad, no importa el sacrificio.
Compañeros en el dolor y en el anhelo!
por una América fuerte,
por la Humanidad entera,
es hora de luchar hasta vencer.

AMPARO CASAMALHUAPA

El comienzo del fin

Por Luis Franco

(En el *Rep. Amer.* Es el epílogo del libro en prensa: *Biografía de la guerra*).

I

La mayor parte de este libro fué escrita hace cinco años (y uno de sus capítulos de actualidad leído en 1936, en Catamarca, ante el ingenuo auditorio de cierto instituto oficial), y el resto, en noviembre de 1939. Como verá el lector, estaban demostradas en ese trabajo no sólo la inevitabilidad de la guerra actual sino también una cosa que los hombres de hoy empiezan a ver, y verán hasta la saciedad: la podredumbre externa e interna de las patrias burguesas. Ya veremos si la otra anticipación se cumple: la de la revolución social que habrá de edificar un mundo nuevo sobre las ruinas del que se derrumba a ojos vistas. Entre tanto, vayan estas consideraciones finales

Es un hecho innegable la inferioridad política de la Alemania y de la Italia modernas. Basta recordar que en pleno siglo XIX, cuando ya hace siglos que Francia, Inglaterra, España, etc. han logrado su unidad nacional, viven fragmentadas en un archipiélago de estados o ciudades-estados cuya principal ocupación es hacerse la guerra entre sí, situación que explica su debilidad ante las invasiones napoleónicas.

Por lo que hace a Alemania, tiene el honor de ser el pueblo más domesticado de Europa. Se unificó bajo la égida de los prusianos, vecinos del imperio eslavo, y con no poco de eslavos ellos mismos, es decir, los menos alemanes de los pueblos alemanes. Aquel fenómeno tiene, como es lógico, una sólida base económica. El sometimiento y apoyo de los junkers —terratenientes— al rey de Prusia volvió fuerte a éste, quien a su vez los apoyó a ellos, fortaleciendo su aparato de dominación y explotación de los campesinos. Así es como los campesinos y proletarios prusianos llegaron a convertirse en modelo de soldados, y los jóvenes junkers en modelo de oficiales: la mayor dureza externa unida a la mayor estrechez de espíritu. Era esto a tal extremo que en toda Europa, sólo en Prusia resurgió algo que había dejado de verse desde una antigüedad remota: *no la resignación a la servidumbre, sino un sentimiento de veneración por ella.* No hay equivocación posible: un buen soldado clásico, esto es, apto para defender una causa que no es la suya, sólo puede serlo un hombre fuertemente atrofiado en su mentalidad, en su afectividad y en su fantasía. El dogma de obediencia erigido en el resorte maestro de la vida colectiva e individual. Movida por él, Prusia conquista a toda Alemania, después de hacer del pueblo alemán el más sumiso, y agresivo a la vez, de los rebaños.

De todo es capaz el buen alemán—valor, labor, tesón, honestidad, ciencia, sensibilidad musical—menos de lo que comprende y siente ya el hombre de la tribu: que *sin el sentimiento y ejercicio de la independencia y soberanía individual no hay dignidad humana*, es decir, *no hay hombre sino esclavo.* Eso nunca. La mayor virtud del buen alemán será anularse ante el señor, el jefe, el príncipe, el Estado. Así lo predicó Lutero (que aconsejó a los príncipes matar como perros a los campesinos rebeldes, y así lo demostró majestuosamente Hegel... El hombre es nada, el Estado es todo. Pero el Estado ha sido en Alemania, como en todas partes, siempre, el testaferro de las clases dominadoras y explotadoras. De modo que el sometimiento total del alemán a su Estado significa el total sometimiento del pueblo alemán a sus amos. Claro que mucho de esto ocurrió y ocurre en todos los demás pueblos; sólo que en Alemania, como en el Paraguay del doctor Francia, el sistema ha llegado a la perfección. Por eso es que no puede concebirse al hombre sino como soldado, esto es, como pelele cuya voluntad homicida es un motor mecánico. (Alguién puede responder que ante un verdadero ideal de humanidad el *comercialismo* británico o yanqui resulta tan siniestro como el *militarismo* teutón, y no seré yo quien lo niegue).



Luis Franco

(Por *F. Amighetti*, 1932).

Como sistema opresivo, el nazismo ha logrado, sin duda, una técnica más perfecta de la estrangulación. Todas las manifestaciones del pensamiento y de la voluntad—y hasta del sueño—en la palabra escrita y hasta en el simple coloquio, son ahogadas. Y no se trata de odio o de pasión: es la fría, calculadora y superanalizada necesidad de suprimir todo lo que pueda, de cualquier modo, atentar contra el gran ideal: que el capitalismo alemán (esto es, los abyectos intereses de unas centenas de industriales, funcionarios y junkers que tienen dominado al pueblo alemán) logre vencer a sus más opulentos que fuertes rivales: el capitalismo anglofrancés y el yanqui. Hoy quedan más de doscientos millones de seres humanos en Europa sin más voz ni voto que los de Hitler, Goering y Goebbels, y su segundón Mussolini.

Repetimos: Inglaterra, Francia, Estados Unidos y Rusia entregaron a Hitler y al fascismo, por cuotas, el destino de los pueblos de Austria, Checoeslovaquia, España, Albania, Polonia, etc. Eran plenamente conscientes de lo que hacían. Podían ponderar, sin un adarme de error, las dos dimensiones del totalitarismo: la interna, o sea, su casi infinito poder de ahogar toda manifestación del espíritu y la libertad; y la externa: su grandioso poderío militar. ¿Por qué, pues, su actitud de asentimiento y consentimiento, de capitulaciones diplomáticas sucesivas, y, lo que es más, de ayuda directa? (Ya dijimos que por interés comercial directo, y por oponer un cordón sanitario a la peste bolchevique, Inglaterra contribuyó al rearme alemán, y que los patriotas franceses del Comité de Forjas contribuyeron al ascenso de Hitler). ¿No veían el peligro? Para esto es preciso suponer que los dirigentes franco-británicos son una cáfila de retardados mentales. No es eso; pero sí se dejaron inhibir casi hasta la estupidez por estos dos factores: la necesidad irremediable de no consentir la baja de los dividendos de Schneider-Creusot y de la Vickers-Armstrong, y el temor a producir, con la caída de Hitler—y con ella la de Mussolini—el triunfo de la revolución social en Alemania y en el resto de Europa, inclusive en la misma Rusia... No los inhibía el temor a la guerra sino a lo que venía detrás. ¿Y la actitud de Rusia? ¿Es una afinidad secreta de su sistema político y social con el de Alemania lo que la llevó al pacto nazi-soviético? Cierto que su bonapartismo de funcionarios no es una dictadura proletaria, mas, con todo, se trata de algo básicamente distinto del nazismo, y con intereses opuestos. ¿Qué la llevó, pues, al pacto? El miedo. (Sus horrendos "procesos" dan índice de la fiera resistencia que en la U.R.S.S. levanta su política pseudo marxista). Y de miedo ocupa la mitad de Polonia y avasalla a los países bálticos. Su cuenta fué ésta, sin duda: respaldada por la línea Siegfried y por la debilidad material y, sobre todo, moral de los aliados—de que venían dando pruebas detonantes—Alemania podía dar cuenta de la burocracia del Kremlín (no digo del pueblo ruso) en muy poco tiempo; por el contrario, la guerra entre Alemania y sus enemigos del oeste podría y tendría que agotar económica y militarme a ambos. Entonces Stalin hablaría... Pero el triunfo relámpago de los nazis y su dominio efectivo de todo el centro y oeste de Europa hasta la costa atlántica—con la nazificación inmediata de las burguesías "democráticas" de Escandinavia, los Países Bajos y Francia, que es su consecuencia—echan por tierra la esperanza soviética. Más que nunca la Alemania nazi proyecta sombra de espanto sobre la burocracia de la hoz y el martillo. Esta sabe, tan bien como lo mejor que sabe en el mundo, que tan pronto como logren ajustar sus cuentas a Inglaterra, los nazis se volverán contra el Este.

Eso sí, la realidad ha sobrepujado las previsiones más pesimistas. Cierto es que antes de Munich las democracias dieron terribles muestras de su pavor a la guerra, esto es, a la disolución capitalista que vendría detrás, y que por ello ayudaron a estrangular a la España obrera; entregaron a Checoeslovaquia; dejaron que Polonia fuera aplastada, sin animarse a enviar un solo avión sobre Alemania, y se cubrieron de ridículo en la campaña de Noruega, vergüenza que en vano quiso ocultar Chamberlain, el más honorable inepto y embustero conocido (y, en

(Pasa a la pág. 379)

En homenaje y protesta

Santiago de Chile, setiembre 1º, 1940.

Mi querido García Monge: le mando el recorte de una declaración que hicimos aquí sobre el asesinato de León Trotzky. Usted, que ha sido uno de los pocos directores de periódicos verdaderamente liberales en la tremenda prueba de tantos años, no dejará de publicar seguramente en el Repertorio *nuestra declaración que sólo acogió en sus columnas* El Mercurio. *Quizá valga la pena preceder nuestra declaración de las nobles palabras del Presidente Cárdenas. En qué mundo vivimos, querido don Joaquín. Piense que muchos de nuestros amigos y compañeros son cómplices morales de esta vergonzosa situación. Un abrazo y hasta siempre. Cordialmente suyo*

S. GLUSBERG

*

No conozco palabras suficientemente fuertes para emplearlas en la condenación del asesinato de León Trotzky. Y estoy convencido de que fué asesinado por un agente de la O. G. P. U.

Por León Trotzky sentí yo al mismo tiempo afecto y admiración. No era uno de sus partidarios en el sentido estricto y literal de la palabra. Pero ha influído sobre mí. Este viejo hombre educó a varios miembros de mi generación: yo soy uno de los que él educó. Si no fuera por sus escritos yo sería distinto de lo que soy, y pensaría de modo diferente del que pienso. La pérdida de León Trotzky en este momento particular es trágica. En este negro y amargo período de reacción, Trotsky era necesario y necesario no sólo como un símbolo, sino lo que es más, como un líder. Hoy aquellos puntos en los cuales discrepábamos de él no tienen importancia. Ahora se ve



León Trotsky

su grandeza, la inspiración que nos venía de su propia vida, de su lucha indomable y de su brillante obra escrita. León Trotsky era un gran revolucionario, un gran escritor, un gran hombre, un gran espíritu. El crítico literario Edmund Wilson señaló una vez que desde su salida de la Rusia Soviética, León Trotsky era "la conciencia marxista del mundo". El zapapico del asesino alquilón de Stalin derribó pues "la conciencia marxista del mundo". Con dolor digo adiós al Viejo Hombre. Ha muerto físicamente. Pero el espíritu que animó su obra no morirá.

JAMES T. FARRELL

Agosto 28, 1940.

(De *Labor Action*, New York).

Protesta por el asesinato de León Trotsky

Un grupo de escritores chilenos y sudamericanos ligados al país nos envía la siguiente declaración:

Ante el cobarde y traidor asesinato de León Trotsky en Méjico, los que suscriben, no obstante sus diferentes conceptos sociales y políticos, protestan unánimemente contra el odioso crimen que priva a la humanidad de uno de sus más grandes y leídos escritores revolucionarios. Y al mismo tiempo que subrayan con lápiz rojo el silencio elocuente de las alianzas y demás ligas humanitarias, que sólo se conmueven ante los crímenes de los fascistas pardos o negros, destacan con el mayor respeto el gesto excepcional del Presidente Cárdenas que, por cierto, no son capaces de seguir sus corifeos internacionales, que marchan sin embargo tras de su efigie viril en las manifestaciones callejeras.

Por nuestra parte, consecuentes con la verdadera defensa de la cultura y de los derechos del hombre, repudiamos enérgicamente el bárbaro sacrificio de León Trotsky, así como la llamada "táctica del caballo de Troya", que lo engendró.

Firman entre otros: Manuel Rojas, José Santos González Vera, Vicente Huidobro, Enrique Espinoza, Ernesto Montenegro, Eugenio González, Ciro Alegría, Oscar Vera, Luis Franco.

(De *El Mercurio*. Santiago de Chile, setiembre 1º de 1940).

Con la muerte de León Trotsky a manos de un asesino en la ciudad de México se liquidó en sentido físico la contienda más enconada de nuestra generación. Esta contienda, Stalin-Trotsky, era personal; pero asimismo era la lucha entre dos tipos de hombre y de pensamiento, entre el revolucionario internacional y el político nacional, entre el intelectual idealista y el anti-intelectual práctico, empeñado en el poder personal. La meta era el control de la Revolución de Octubre, dentro y fuera de Rusia.

Trotsky era el arquetipo del revolucionario: brillante, impersonal, frío casi, y su carácter explica por igual sus fracasos y sus éxitos. Cuando la marea revolucionaria estaba en su apogeo, su actuación fué aún más perfecta que la de Lenín; el Ejército Rojo que él organizó y comandó obtuvo la victoria para el Bolchevismo. Pero perdió la sucesión que Lenín obviamente le destinaba por no movilizar las fuerzas que habrían derrotado a Stalin. Los observadores inmediatos de la época testimonian que el número de sus partidarios era enorme y que él estaba "por encima de la batalla". Fundamentalmente, no le interesaba el poder como prerrogativa personal sino sólo como arma revolucionaria. La clase de lucha que se imponía para derrotar a un hombre obsesionado con el poder personal era ajena al temperamento de Trotsky, a su talento y a su interés.

La cuestión tan debatida de que bajo Trotsky el curso de los acontecimientos en la Rusia Soviética hubiera sido fundamentalmente distinto, está casi fuera de lugar, porque su propio carácter y las fuerzas que actuaban dentro y fuera de Rusia, vistos retrospectivamente, habrían al parecer excluído su ascendiente al poco tiempo. Pero su habilidad como administrador habría mitigado la crueldad del régimen soviético en cuanto ésta se debe a la irremediable inepcia administrativa de un país atrasado. Frente a las contradicciones insalvables del "experimento" ruso, Trotsky habría tenido que recurrir ciertamente al oportunismo, la crueldad y la racionalización, como hizo Lenín; pero su conciencia del "veredicto de la historia" y de su propio papel como héroe revolucionario habrían impedido la completa degradación moral e intelectual del ideal socialista que alcanzó su nadir en los traicioneros procesos y en el pacto Nazi-Soviético, el mayor de los crímenes de Stalin.

Como líder de la primera revolución "proletaria" y como brillante historiador de este acontecimiento, Trotsky despertaba el interés y la admiración de mucha gente; pero el cortejo político a su muerte fué infinitesimal. El mismo había contribuido a que pareciera remoto, como la figura de una tragedia antigua. Aunque en guerra incesante contra Stalin, defendió hasta el fin a la Unión Soviética, aun la indefendible conquista de Finlandia: pero en verdad estaba defendiendo su propio pasado.

(Editorial de *The Nation*, New York, agosto 31 del 40).

—o—

El asesinato de Trotsky es un crimen repugnante; es el crimen político más miserable de la historia. Se pagó al asesino de Trotsky como antes se pagaba a sus detractores. Estos fueron impotentes para derrotarlo espiritualmente; entonces, había que suprimirlo materialmente. Es el crimen de la impotencia. Trotsky fué asesinado por la burguesía que

odia al revolucionario auténtico; fué asesinado por la peor burguesía, que es la de aquellos que un día fueron revolucionarios: la de aquellos que tienen remordimientos de conciencia. Trotsky ha caído víctima del odio más vil y más tenaz: el odio de lo falso a lo auténtico. La grandeza de Trotsky podía medirse por el odio de sus enemigos. Proscrito de todos los países del mundo, el espíritu de este hombre estaba en la medida del mundo. Se podría decir que él sólo era el otro platillo de la balanza frente al mundo.

VICENTE HUIDOBRO

(De *Vea*. Santiago de Chile, agosto 28 del 40).

—o—

El asesinato de León Trostky en México por un agente secreto de la G. P. U., constituye no sólo la pérdida del cerebro político más poderoso de nuestro tiempo, sino que simboliza también la decapitación de todo el movimiento socialista internacional. Quién sabe ahora cuántos años tardarán los trabajadores en hallar la verdadera ruta para substituir a la burguesía como ésta substituyó, mediante la Revolución Francesa, al feudalismo. Extraviados por los virajes continuos de los ventrílocuos populares que los han conducido en tantas partes al desastre bajo la dirección "genial" del *gran organizador de derrotas*, nada bueno tenemos derecho a esperar en un futuro inmediato. Con todo, creo que la obra histórica de Trotsky resplandecerá al fin sin mácula como su vida, consagrada por entero a un ideal: y que la democracia, imposible sin el socialismo, ha de imponerse un día en el país de los Soviets. Porque como el mismo Trotsky escribiera, la dictadura del proletariado, que instauró allá con Lenín contra todos los enemigos internacionales del socialismo, es más la expresión de la barbarie del pasado, que la de la cultura del porvenir.

ENRIQUE ESPINOZA

(De *Vea*. Santiago de Chile, agosto 28 de 1940).

Declaraciones del Presidente Cárdenas

(De *Acción Social*. México, D. F., setiembre 15 de 1940).

A los trabajadores del país:

El Ejecutivo, ante el desarrollo de acontecimientos últimos, que han culminado con el asesinato de un refugiado político y por vinculación de los mismos con actividades de organizaciones contrarias, si no por su programa sí por su actuación, a los postulados que los regímenes revolucionarios han sostenido, considera necesario dirigirse a los trabajadores del país para reiterarles los puntos de vista que sobre el particular sustenta el Gobierno.

El propio Ejecutivo está seguro de que se sabrá interpretar este mensaje como un propósito de que las organizaciones obreras continúen actuando dentro de las normas de nuestra legislación, lo cual seguramente consolidará en su favor las conquistas ya realizadas y hará posible el efectivo mejoramiento de las clases trabajadoras del país, que es preocupación fundamental del Gobierno.

La actual Administración reafirmó como principio de su política, sostener la libertad ilimitada del derecho de asilo en favor de perseguidos políticos o doctrinarios, juntamente con otros postulados que se juzgó oportuno proclamar en ejercicio de nuestra soberanía y en consonancia con el estado de perturbación de otros continentes.

Como natural consecuencia de estos postulados, México ha prohijado la entrada a su territorio de gran número de perseguidos por las ideas que profesan o por adversidad política en distintos países de Europa y aun de América. Esta política gubernamental encontró acogida favorable en todos los sectores de la opinión nacional, pues aun la crítica, sólo se concretó a tocar detalles y algo de la forma del procedimiento, pero no la esencia del acto mismo, coadyuvando de esta manera a establecer un movimiento de convergencia hacia nuestra Patria, de buen número de españoles y de distinguidas personalidades de Italia, de Alemania y de Rusia, que juzgaron a nuestro país como un seguro y liberal albergue para su residencia.

Sujetos los nuevos inmigrantes a un proceso de adaptación, surgió inopinadamente dentro de nuestra Capital una agitación demagógica e irreflexiva y desde luego censurable, tendiente a perjudicar a algunos de los inmigrados más destacados o por lo menos a perturbar la tranquilidad y la confianza que el Gobierno mexicano les brindara.

Atento éste a velar por el cumplimiento de sus obligaciones contraídas, se pudo verificar que tales procedimientos no eran otra cosa sino recursos subrepticios de algunos poderes extranjeros, puestos en juego para combatir a sus antagonistas fuera de su alcance territorial, desentendiéndose para ello del alto concepto que representan las fronteras internacionales y de la moral constitucional, que pueblos de alta cultura habían ostentado hasta ahora en el concierto del mundo, con tal de satisfacer el impulso de una baja pasión y lograr una venganza sin gloria. Sin embargo, no se preocuparon las autoridades por obtener pruebas materiales suficientes a fin de dictar medidas reprobatorias de tales actos, juzgando seguramente que las gestiones que se hacían en contra de los asilados, serían tal vez de aquéllas que no pasan de ciertos límites de agresividad y que se estilan comúnmente para hostilizarse las ideologías en choque o las directivas que empuñan las banderas de la acción en los campos de la lucha.

Fracasado el primer procedimiento de hostilidad y enconados cada vez más la pasión y el odio totalitario, se entró francamente a la comisión de actos delictuosos contra inermes representativos extranjeros refugiados en México, olvidando quienes a esta amoralidad llegaron, que México considera en alto grado los sentimientos de humanitarismo que proclama la civilización y vive la moral social de los pueblos, mediante la cual sólo es posible el buen entendimiento de las naciones entre sí, y la paz orgánica fundada en el respeto mutuo a las instituciones y a las leyes existentes, por humilde que sea la nación que se las otorga. Sentimientos estos que están fuertemente vinculados a la Constitución democrática de México y arraigados en nuestra colectividad con lazos indestructibles, y que obligan a exteriorizarse en una contundente reprobación de los procedimientos criminales.

Paralelamente a esta norma de vida internacional, inició el Gobierno que presido una etapa de libertad anterior sin taxativas, ya que así las doctrinas como las actividades políticas, la publicidad y la crítica, la representación y la tribuna, ejercieron y ejercen su acción creadora sin limitaciones lesivas a la libertad y sin una sola actitud deprimente por parte del Poder, creando con ello un ambiente propicio para formar el espíritu de la lucha de los ciudadanos y fincar las bases de toda responsablidad cívica. Tópicos ambos sobre los cuales debe girar la vida social de las colectividades y las doctrinas profesadas por los ciudadanos útiles.

Muchos y señalados pasos, que formarán época, ha dado al amparo de dichos postulados gubernamentales, el conglomerado mexicano, y esperamos que no retroceda en su progreso doctrinario, continuando adelante su perfeccionamiento y mejorando su evolución, puesto que el progreso de los pueblos sólo se alcanza con sacrificios fecundos, con duros procesos de depuración y, sobre todo, creando en las multitudes un concepto claro de generosidad que contrarreste el natural egoísmo de los individuos; un concepto del deber que posponga el interés propio al común y eduque de tal manera a las masas, que el débil o el enfermo, tengan un estímulo y un auxiliar en el fuerte, y un ejemplo vivo de honestidad en los dirigentes.

Sería estéril esta advertencia, si no tuviéramos el valor de aplicar nuestra tesis a casos concretos de esta etapa gubernativa y dejáramos para la simple censura la satisfacción de condenar lo que en nuestro concepto merece una sanción del Poder y un acto concreto de reprobación, que establezca los límites justos de toda libertad y precise el concepto oficial de lo lícito y de lo honesto.

El Partido Comunista, al igual que todas las agrupaciones políticas, ha tenido en nuestro Gobierno libertad y respeto para sus miembros componentes, y para sus doctrinas, que ha expuesto en todos los tonos y en distintas formas, sin que hasta ahora haya un acto que revele que las autoridades trataron de impedir siquiera, no digamos prohibir, la propaganda siempre radicalista del Partido mencionado. Pero, todavía más, en muchas ocasiones la crítica timorata y los enemigos del régimen alzaron la voz para censurar al Gobierno por lo que llamaron tendencia comunista del Poder, o, por lo menos, exceso de libertad favorable a sus doctrinas.

Nada sin embargo más erróneo: ni el Gobierno de México es comunista, como se desprende de su actuación sujeta estrictamente a los postulados de su Carta Fundamental, durante seis años consecutivos, ni es extraño a nuestro ambiente ningún postulado que tenga por finalidad proteger el trabajo de la clase obrera bajo doctrinas y aspectos que admite el progreso y el derecho industrial, desde antes que apareciera el comunismo en Rusia; ni es extraña a nuestra Carta Fundamental la distribución del latifundo, ni el reparto de la tierra entre los hombres que la trabajan, ni la dirección del Estado sobre el crédito que no es creación de un individuo, sino de la colectividad, ni es extraña a nuestra Constitución misma la idea de una enseñanza científica, ni la aplicación de disciplinas a los ministros de los cultos, ni tampoco la libertad de escribir que consagran sin limitaciones dos etapas de lucha cruenta que el pueblo mexicano escribió para aniquilar el pasado con la Guerra de Reforma y la Revolución Constitucionalista de 1913.

Se ve por lo expuesto que cuando censuramos con dureza actitudes extraviadas de orden internacional, en torno de un principio de la vida soberana del país, y actitudes erróneas de individuos políticos que han olvidado su obligación patriótica, no lo hacemos con el propósito de hacer rectificaciones; seguimos pensando que el mejor y más propicio camino para el progreso de los pueblos, es el mantenimiento de los postulados proclamados por la Revolución Mexicana, y está lejos de nosotros un intento de regresión; y si tratándose de empresas industriales o de agrupaciones obreras, he-

mos impuesto el freno de la Ley a las pretensiones indebidas, en el caso de los comunistas deseamos concretar que si éstos han considerado de utilidad a sus intereses abandonar el terreno de cooperacin con los trabajadores organizados de México para su mejoramiento progresivo y su defensa sindical, y se han aliado con un poder extraño que representa una agresión a la soberanía del país, organizando asaltos a mano armada en unión de elementos mexicanos y extranjeros, y realizando atentados que deshonran a la civilización y que ponen en duda la capacidad del Gobierno y del pueblo de México para mantener en la Capital misma de la República un estado de seguridad para los ciudadanos que en ella residen, estos elementos han cometido el delito de traición a la Patria, han prostituído sus doctrinas de redención y de progresos proletarios, han lesionado a su país poniéndolo en evidencia, cometiendo un crimen que la historia censurará como deshonroso para quien lo haya inspirado y como nefasto para quienes lo consumaron y cooperaron a su efectividad.

El Poder Ejecutivo que represento, condena con toda energía actos tan reprobables y declara que tratará de dilucidar la responsabilidad directa que hayan tenido en el asesinato del señor León Trotsky, a quien México había otorgado protección en su suelo, sin más interés que cumplir con sus postulados de dar asilo a todo perseguido político y hacer patente con ello, ante el mundo entero, el derecho soberano de la Nación Mexicana.

LÁZARO CÁRDENAS
(Presidente de la República)

El comienzo del...

(*Viene de la pág. 376*)

resumidas cuentas, el mejor lugarteniente de Hitler). Cierto que después de ello poco podía esperarse, y ese poco se desvanecía con el humo de la batalla de Holanda. Sin embargo, talvez nadie imaginó que la decadencia externa de la burguesía corroía a tal extremo su espíritu. Porque es la verdad que al serle entregada la dirección de la defensa a Weygand, éste (según confesión oficial) habló con claridad sobrada: *militarmente, Francia estaba perdida sin remedio.* ¿Por qué, pues, sacrificar cientos de millares de vidas? Y si se trataba sólo de una lucha por el honor y la dignidad nacional ¿por qué interrumpirla con el más grandioso acto de sumisión conocido quizá en la historia, agravado todavía por la ocultación más cobarde? Porque el pueblo nada supo hasta que el abyectísimo simulacro de armisticio estuvo consumado, y los "laureles" del mariscal Petain y el "honor" de toda la Francia oficial quedaron envueltos en el fango y la mierda; pues todo, todo se perdió, menos... el oro y los intereses de sus grandes burgueses, que metidos en sus automóviles suntuosos—abriéndose camino por entre los millones y millones de seres humanos arrojados por ellos a la desolación y la miseria más horribles—se apresuraron a ganar la frontera de España, llevando hasta sus perros y sus caballos de lujo! Claro es que quedaron los Petain y Cía., pero ya se sabe por qué y para qué: a servir de incondicionales gendarmes a Hitler, de perros guardianes para que el rebaño francés no sueñe con la revolución libertadora, o, dicho de otro modo, a defender ahora la civilización nazi contra la barbarie "democrática". (Una vez más han visto los pueblos cómo los defienden sus políticos, sus militares, sus literatos, sus magistrados, sus clérigos, toda la *guardia suiza* que la clase dirigente alquila). ¿Para qué entrar a ponderar las cobardías, las bajezas, las ineptitudes, las contradicciones y las falsedades, de un cinismo llevado hasta la inocencia, de los políticos ingleses y yanquis, esos arcángeles demócratas que van a salvar la libertad y la civilización? Sólo diremos que parecen demasiado indignos del único papel que la historia les reserva: la de sepultarse después de sepultar a la barbarie totalitaria, para que el mundo realice su unidad política de acuerdo con su ya indivisible unidad económica.

Es claro que en la guerra, como en el juego, nada se ha perdido hasta no perder todo, y el desarrollo de los acontecimientos—pautados por las contradicciones fabulosas del régimen capitalista—puede y va a conspirar, sin duda, contra las victorias totalitarias. Por lo pronto, la invasión de las islas británicas parece ser en sí un problema militar de solución menos fácil que la invasión de Polonia, Holanda y Francia. Y en cuanto al este de Europa, todo lo que haga Rusia para prevenirse contra un no muy lejano ataque totalitario será poco, y la invasión de los países bálticos y Rumanía es sólo un comienzo, a buen seguro. Y si la guerra se prolonga unos meses, el hambre—como en el drama de Andreief—va a ser el verdadero rey de Europa. En cuanto al lejano oeste, y pese a la estúpida prédica abstencionista de los Lindbergh y Cía., la gente responsable de los Estados Unidos sabe que en esta guerra están en juego los destinos del dólar, es decir, de la plutocracia yanqui.

Poco a poco, hasta los más miopes van a ver que ésta es una lucha por la hegemonía mundial, y nada menos que por todo eso, y que de nada le servirá a la burguesía imperialista de Alemania el dominar a Europa (miserable pedazo del planeta que no produce petróleo, ni caucho, ni algodón, ni café, ni muchedumbres hidrópicas de productos industriales) si no logra destruir la armada de Inglaterra, esto es, dar el paso decisivo en el camino de quedarse con todas sus colonias y sub-colonias.

Los popes de Wall Street saben que al éxito de la ofensiva militar totalitaria en toda Europa, seguirá la ofensiva económica en escala mundial, y que en Sud América—como en todas partes—las castas de hacendosos patriotas que gobiernan a sus pueblos en nombre de la libra esterlina o del dólar se apresurarán a convertirse en devotos del marco, y que el comercio yanquí sería estrangulado.

A esto se agrega que el Japón comienza a moverse sin empacho—y lo hará cada vez mejor—en contra de los intereses de sus rivales occidentales en el Extremo Oriente, y Norte América es uno de ellos, y el más peligroso. Sobran motivos, pues, para que los amos del dólar se decidan a erigirse en los campeones de la civilización *democrática*...

Todo ello fundamenta la esperanza de que ha de restablecerse el equilibrio de esta lucha de los distintos grupos imperialistas y de la Rusia pseudo-comunista por las materias primas y los mercados del mundo—equilibrio que volverá poco probable el triunfo decisivo de alguno de ellos, sí mucho, en cambio, el debilitamiento y aún la destrucción mutua. Las revoluciones sociales serán inevitables, y entonces habrá llegado la coyuntura de que el proletariado mundial pruebe la validez de sus títulos para la misión que la historia le reserva: suprimir las clases, esto es, la tenebrosa explotación del hombre por el hombre.

Y al reafirmar nuestra fe en esa victoria próxima no voceamos un dogma, ni es la nuestra una actitud de fatalismo optimista, sino que sólo creemos anticiparnos al desarrollo forzoso de los hechos, basados en una serie de constancias axiomáticas. *a*) La desocupación crónica y la pauperización creciente de las masas, (pese al incesante progreso de la técnica), la necesidad de una política policíaca; la inevitabilidad de una guerra de auto-exterminio,—son las pruebas monumentales de que el sistema capitalista está en trance agónico. *b*) El fascismo o nazismo no es revolucionario sino reformista, pues se trata sólo de una nueva expresión de la explotación capitalista, la que corresponde a su fase de extrema decadencia. No hay, pues, sustancialmente, un cambio de base económica, un nuevo sistema en las relacions de propiedad. Su tendencia a la estatización no es más que una respuesta a sus necesidades económicas y policiales, y ya sabemos que el Estado representa siempre a la clase dirigente, no a la nación. La energía de sus medidas impositivas y tributarias significa sólo la conveniencia de sacrificar lo menos para salvar lo más—¡pero no haya cuidado de que el fascismo vaya a ir a la expropiación de la burguesía! *c*) la U. R. S. S. no ofrece un régimen comunista o pre-comunista, ni menos fascista. Su semejanza con ellos es sola-

mente externa. Se trata orgánicamente de un Estado obrero que en vez de avanzar hacia la sociedad socialista o democracia verdadera, desarmando poco a poco el aparato estatal, se ha descaminado bajo la dirección de una casta burocrática. La U.R.S.S. no es imperialista, pero se ha convertido, por fatalidad de su política termidoriana, en servidora del imperialismo. Stalin tiene demasiada razón para temer la revolución social en Europa. *d*) En cuanto a los partidos socialistas que forman (o formaban) la II Internacional, sus direcciones constituyen una verdadera burocracia, cuya función es someter los intereses de la clase obrera a los intereses de la burguesía de cada país, y cobrar el servicio. *e*) No hay ningún poder ofifial o semioficial que abandere la auténtica causa revolucionaria del proletariado mundial. Al contrario, media un abismo entre la cobardía e inepcia de sus dirigentes, y la conciencia de clase y voluntad de lucha de las vanguardias obreras, como se ha visto en China, en Austria, en España. *f*) No hay en los sucesos de los últimos años ni en la situación actual nada que lleve a una sospecha, menos a un convencimiento, de que el proletariado ha demostrado ser incapaz de responder al llamado de su ocasión histórica. Sólo que ésta no ha llegado aún del todo. Aunque en disgregación profunda, la clase capitalista detenta aún un gran poder externo, es decir, militar, y sus distintos grupos saben formar un frente único ante el enemigo único, la clase trabajadora, como en España. Pero más fuerte que todo eso, la rivalidad inevitable e implacable de sus propios intereses está llevando a esos grupos a destruirse a sí mismos. *g*) Queda la formidable perspectiva de que un triunfo nazi más o menos "blitzkrieg" pusiera al mundo bajo la bota alemana. Pero una congregación mundial lograda a base de violencia militar, de espionaje policial y de soborno se disolverá, de fijo, a poco trecho. Entonces, o más antes, la ocasión de salvar al mundo de una recaída en la más tenebrosa barbarie se presentará, sin duda. El proletariado avanzará para extirpar de raíz los dos terribles gérmenes infecciosos de la civilización actual: la Propiedad privada y el Estado nacional.

Insisto en que no es cosa de perder la cabeza, es decir, la fe en el hombre, frente al aquelarre del mundo de hoy. Lo sobrecargado de una crisis indica que su fin está cercano. Una cosa es innegable, entre todas: se precisa de todo el poderoso aparato de opresión interna y externa de la burguesía imperialista para arrear los pueblos a la guerra. Pero hoy es asaz evidente que los pueblos no sienten odio entre sí, no quieren la guerra; el "patriotismo" no inspira ya a las gentes, porque todos han comenzado a ver que las "patrias" (es decir, la de los que tienen patrimonio) son las barreras que impiden a los pueblos llegar a la verdadera comunidad material y espiritual de los pueblos.

Belén, Rep. Argentina, 9 de julio de 1940.

Los escritores de Centro América y la Democracia en peligro

(En el *Rep. Amer.* San Salvador, El Salvador, setiembre de 1940. Envío de *N. V. A.*)

Antes los escritores centroamericanos tenían comprensión de las situaciones económicas, políticas, diplomáticas y militares de sus diminutos países, del Istmo en conjunto o de la América toda, y valor para exponerlas en presencia de ignorantes y sabios, propios y extraños, amigos y enemigos. Sin ahondar mucho en el tiempo porque no es necesario, sin ir más allá de la Reforma, acontecimiento que se fundaba en una concepción y que representaba una tendencia, vamos a citar unos cuantos nombres ilustres en refuerzo de esta tesis. Un Adolfo Zúñiga publicó *El Hondureño* en San Salvador para exhibir a un tirano de su país, lo que hizo a las mil maravillas, con clarividencia y coraje, y no reparó en el puñal asesino ni en la componenda gubernamental que pudiera entregarlo amarrarlo a orillas del Goascorán. Un Marco Aurelio Soto y un Ramón Rosa dieron a la publicidad *El Centro-Americano* en la ciudad de Guatemala con el mismo fin patriótico, y no les pasó por la cabeza la idea de conservar salud y guardar años. Un Policarpo Bonilla desde las columnas de *El Bien Público* dijo cuanto debía decir en favor de la democracia y la libertad en el propio solar de un despotismo, y no le asaltó el temor que suele asaltar a los hombres que desconocen el espíritu de sacrificio y los propósitos altos. Un Lorenzo Montúfar siempre escribió con arrogancia porque no entendió de otra manera las cosas: supo dignificar por igual su propia personalidad y las buenas causas. Y un Rigoberto Cabezas descubrió el vínculo sanguíneo que existe entre la pluma y la espada y nunca faltó al deber que impone el conocido mandato de Camilo de Saint-Croix.

Hoy los escritores de Centro América son muy distintos, con excepción de algunos costarricenses que encabeza Joaquín García Monge. Son una consecuencia del tiempo y las circunstancias. Carecen de la inteligencia y la fuerza de crear situaciones nuevas. Desconocen la sublime embriaguez de la lucha y el futuro. Jamás en nuestra historia se había visto una miseria igual. Siendo mayor la injusticia que reina en el mundo y mucho más la difusión ideológica, vamos a suponer que comprenden un poco la substancia del Istmo, de América y del mundo en guerra. No puede suceder de otro modo cuando los capitalistas, los hacendados, las capas medias de la sociedad, los obreros y los campesinos tienen conceptos propios y hasta filosofías de interpretación y de lucha. Todos cuentan con su mapa y con su plan. Pero los hombres de pluma no se atreven porque son muy dolorosos los riesgos y muy inmisericordes los fracasos. Con todo, no les llamaremos cobardes en sentido directo y llano, en razón de que este apunte aspira a ser psicológico y no polémico. Les aplicaremos un calificativo que esté próximo y que se parezca a la indolencia y a la irresponsabilidad. De la proximidad o el parecido abundan ejemplos que no han podido ocultar el mimetismo y la simulación. A unos les detiene el amor a los bienes heredados, la fiel esposa, los tiernos hijos. Y a otros el temor a los verdugos, las cárceles, los destierros, las humillaciones extranjeras, la muerte civil, la muerte natural. Y aquéllos y éstos, como por ley fatal, se encasillan según su temperamento y sus inclinaciones. Los hay que renuncian de plano a las lides, convencidos de que no van a componer el mundo. Los hay que desvían sus torrentes hacia narraciones como la venida de los nahoas o hacia relaciones literarias como la suposición de que tiene alma la piedra. Y los hay, que renunciándose del todo, van llamando genialidades cuantos dislates van saliendo de la cabeza de los sanchos que en mala hora suelen gobernar ínsulas.

Capítulo especial merecerían los negociantes de ideas y los "turcos" que venden papel impreso. Se los dedicaremos cuando hayamos completado listas y obtenido pormenores.

Por lo que va dicho y lo que se calla, la reacción mundial ha tomado cuerpo en Centro América. Como la reacción sigue un programa, ha saltado por encima de los pasivos y ha tomado posiciones. Ahora para sacarla querría ganas, sería poco menos que imposible. Y hasta la fecha no vemos por ningún lado un artículo valiente, un periódico resuelto, un libro claro, un plan atrevido. Muy por el contrario, la indolencia y la irresponsabilidad han acabado por confundirse y por declarar que ha vuelto el caos. Federico García Lorca se sacrificó en España. Aquí hay quienes llaman loco a aquel que rubricó con sangre sus ideas democráticas. Existen la justicia universal, el derecho internacional, la ética de los pueblos, que favorecen el desarrollo de Centro América como sociedad y como nación. Aquí muchos fingen ignorar lo que saben de sobra los niños de escuela y hasta muestran alegría porque el destino istmeño está corriendo riego de frustrarse. Con los Estados Unidos hemos liquidado temporalmente nuestras antiguas cuentas, no por degeneración sino por conveniencia política frente a un peligro extra-continental que afecta a todos los americanos sin excepción. Ante eso los escritores centroamericanos pasan recordando lo que es historia y lo que es torpe recordar ahora, porque no estamos para dividir sino para sumar. Con Inglaterra tenemos pendiente el caso de Belice, que acabará por arbitraje, y lo que es de Centro América, y no de Guatemala sola, volverá a su primitivo dueño. Pero ellos en vez de aconsejar el aplazamiento del litigio, porque las partes están amenazadas por un adversario poderoso, gritan a todo pulmón algo que redunda en beneficio de dicho adversario. Con Francia no tenemos nada, sino deuda ideológica. Sin embargo, cuantos debían levantar la indignación y el espíritu combativo, deben estar echando cálculos pensando que los conquistadores que taconean en las calles de París, luego estarán en estas zonas de Dios.

Vuelvan sobre sus pasos quienes fueren capaces de hacerlo. Es ley desandar las veredas para tomar el camino recto. A la patria se sirve en el peligro supremo con algo distinto a la indolencia, la irresponsabilidad, la componenda y la traición. Nuestros antepasados se batieron en las calles de San Salvador y sufrieron los calabozos del convento de Belén por las ideas democráticas y liberales. Muchos de ellos perecieron en la refriega o a manos del verdugo y otros tuvieron tiempo de testar y de hacer mandas. Nos dejaron de herencia la cuantiosa fortuna de la República, que lógicamente debemos conservar y aumentar. Y la República sólo podemos mantenerla intacta en esta hora de asalto y de pillaje con nuestros viejos aliados y nuestros buenos amigos.

MEDARDO MEJÍA

Joven tomando café

(De *La Nación*. Santiago de Chile, 1º de octubre, 1940).

Al maestro de Costa Rica y amigo J. García Monge:
Vea cómo los reiterados insultos de Ciano y otros fascistas, que nada conocen de América, han producido reacciones en esta parte del Continente.
Su amigo que mucho le recuerda,

JOAQ. EDWARDS B.

Oct. 1940.

—o—

El poeta brasileño Cassiano Ricardo adivinó muchas cosas cuando escribió el poema de la joven parisiense que toma café, simplemente, en un salón.

¡Oh, poeta Cassiano! ¡Cuánto enseñó usted! Empieza así:

En un salón de París
una linda joven de mirada gris
toma café. ¡Joven feliz!

Estos versos parece que no dijeran nada. ¡Una tontería! Linda joven de mirada gris, que toma café en París y está feliz.

Pero el poeta Cassiano le dice a la joven francesa poco más o menos: "Existe un mar azul detrás de su taza de café, un mar azul y un barco muy grande, y detrás del barco una tierra inmensa, edénica, y en esa tierra un puerto, en constante vaivén, con grúas y cabrestantes que crujen sobre el tren, y puerto adentro otro convoy madrugador sube y baja la sierra gritando sin parar, trémulo y jadeante, igual que un corazón que sufre y palpita... Y más allá todavía está el cafetal, y al fin, el hombre del cafetal, el hombre de bronce, el obrero que suda: el brasileño... Los brazos de ese obrero taladraron la gran selva brutal; son los brazos del hombre color de tierra, del labrador, del hombre que penetró el Sertao, en el Brasil inmenso y ardiente. Y ese labrador, en su historia terrible, es el café de todas las tazas de café que se sirven en Europa las mujeres de París, las ladies de Londres, las popolanas y las citadinas de Italia, los obreros, los soldados, los dictadores y los periodistas de Italia, de Inglaterra, de Francia, de Alemania, de toda Europa.

El mismo periodista de Roma, de Cremona o Turín, antes de insultar a la América nuestra, se desayunó, se tonificó con su taza de café de la selva explorada y trabajada y sufrida por el obrero brasileño. Pero hay más, mucho más: la taza de café de la joven de mirada gris, en el salón de París, contiene azúcar de nuestra América. Detrás del azúcar hay otra historia, señores europeos; hay otro drama intenso detrás de la zafra y del algodón y de cada producto nuestro.

El salitre con que abonan sus viñas, señores periodistas de Cremona, de Roma y de Turín, proviene de Chile; es la conquista del roto chileno y de la fuerte sociedad chilena de 1879. Costó una guerra y ganó una revolución. En el suelo de sus viñas, fecundadas por nuestro salitre, hay un poco de sudor de roto chileno. ¡Y las carnes, señores generales de Europa! Las carnes que van a devorar sus soldados, ¿acaso no representan otro drama? El de Magallanes y las pampas... la vida de Martín Fierro... las boleadoras, la penetración paciente y larga del gaucho en sus combates y trabajos.

Café, algodón, salitre, carnes, azúcar, tabaco... detrás de cada producto, como en el caso de la joven feliz de la mirada gris, hay un poema de trabajo, de heroísmo y de constancia.

Por eso, no conviene tratar con desprecio a nuestra América.

A estos cachorros sueltos de la leona española no se les ha pedido todavía un esfuerzo militar de conjunto; no han dado de sí ni la centésima parte de lo que podrían si imperarse aquí el paroxismo guerrero del mundo viejo.

JOAQUÍN EDUARDS BELLO

Tribuna del pensamiento libre

(En el *Rep. Amer.* Santiago de Chile, mayo de 1940. Con la autora: Casilla 2787. Santiago de Chile).

Hace veinte años, Joaquín García Monge, un hombre que apenas llegaba a los 30, con fé y pasión americanistas, fundó el *Repertorio Americano*, Semanario de Cultura Hispánica. Su intención era modesta: recoger la palabra cordial de los que algo tuvieran que decir a los demás. Y procurar luego que el sencillo semanario, de 8 pliegos, llegase a todos los rincones del mundo de habla española, para establecer vínculos de simpatía y lazos de unión entre los escritores de América.

Como toda obra que no cuenta con el respaldo del dinero, el semanario de García Monge, nacido en el rincón soleado y oloroso de San José de Costa Rica, una de las naciones más pequeñas de América y una de las más cultivadas en lo que de cultivable tiene el espíritu, estaba sujeto a precaria vida. Todos podían pronosticarle unas próximas defunciones. Más si su animador—director, seleccionador, redactor, corrector de pruebas, administrador, etc.—carecía de constancia y de paciencia para continuar la obra. Pero *Repertorio* venció el primer año y entró victorioso al segundo. Día a día, con esa admirable perseverancia de que es dueño García Monge, *Repertorio* fue ampliando su radio de acción y recogiendo el pensamiento y la preocupación de los hombres y las mujeres latinoamericanas. El arte, la poesía, la filosofía, las ciencias, la pedagogía—con su amable sección *Qué hora es...?*—la política, y los arduos problemas internacionales, fueron siendo tema grato a *Repertorio*. Se produjeron polémicas, dentro del tono ponderado y noble que era preciso, y se esclarecieron puntos de vista y posiciones. Desde sus páginas se libraron grandes y generosas batallas—libertad de condenados, presos políticos y sociales, denuncias de atropellos a hombres ilustres.—Desde su tribuna se elevaron voces de alta tonalidad, defendiendo la justicia. Y también se señaló con energía y justeza el avance del Imperialismo,—*Juan del Camino*,—que ha hecho suya la cintura vital de la América, dominando económicamente toda la América Central. ¿Qué iniciativa que interesara a los pueblos americanos, o a sus hombres representativos, no encontró franca acogida en las páginas de *Repertorio*?

De este modo para todo americano que aprecia la vinculación con el pensamiento vivo de los pueblos de habla española, *Repertorio* es un vehículo insustituible, del cual no puede prescindirse. En él se registra cuanto de nuevo y valioso, alerta y preocupado produce nuestra América.

Repertorio Americano no es lectura para café, ni para sobremesa. Es lectura para la hora de pensar y hacer recuentos. Para tomar nota y descubrir novedades, señalar nombres nuevos y penetrar sensibilidades recién nacidas. También para recordar los grandes aniversarios de los que dieron su mensaje al mundo, y de quienes queda huella honda.

Muchas veces podemos olvidarnos de la biografía de los genios que nos antecedieron e hicieron luz para el camino del futuro. *Repertorio* toma su nombre y orna sus páginas, y de nuevo vivimos en contacto con el espíritu generoso que soñó y creó belleza o ciencia en épocas pretéritas.

Desde su iniciación a la fecha, *Repertorio* ha recorrido un largo camino. Y ha cumplido su misión con creces. Cuántas amistades no se han iniciado por sugerencia de sus páginas y por obra de su simpatía? De cuánto hermoso libro no le debemos su lectura? Y a cuánto espíritu selecto no hemos arribado a través de sus páginas densas de aliento cordial?

El hombre probo, de austeridad patriarcal y de amistad como un regalo, que apenas asoma la frente al medio siglo y ya ha vivido una vida ejemplar de trabajo y amor por su tierra y por el mundo americano, García Monge, a quien conocen todos los escritores de América, es el mejor propalador de la cultura y el pensamiento de este mundo nuevo. No hay tribuna de más respaldo moral ni de mayor eficacia que la de *Repertorio*.

A donde quiera que uno vaya le sigue el mensaje fraterno de *Repertorio*. Con una memoria extraordinaria García Monge recuerda los nombres de sus más distantes amigos para enviarles su palabra y la de los demás, con constancia de destino, y con una suerte de fidelidad que asombra y conmueve.

Puede uno perderse de uno mismo, seguir rutas encontradas, caer y levantarse, que *Repertorio* le sigue con su voz reposada y a la vez acuciosa, como una especie de conciencia. El mismo tono de hace veinte años, el mismo reclamo a la solidaridad, escondido en los nombres, en los ensayos, en los comentarios, en las listas de direcciones para que no perdamos la hilación, en las reseñas de sus libros. El mismo gesto amplio y total, sin exigencias.

Veinte años de obra, sin ningún estímulo exterior, salvo la cartas de los amigos; sin colaboraciones económicas, ni subvenciones oficiales—*Repertorio* ha sufrido persecuciones y ha sido sometido a juicio por sus campañas—sin suscripciones numerosas que solventen la edición, hecho a base de esfuerzo personal de García Monge, que ama su semanario con amor de padre, esta alta tribuna del pensamiento libre continúa batiendo el record de las de su género en América.

Por sus páginas han desfilado los nombres de todos los valores de América junto a los recién llegados, con esperanzas y fe nuevas. Poetas, pensadores, prosistas, políticos, economistas, sabios y diletantis, pasaron por ellas en señera teoría. Y seguirán pasando. Porque si ahora faltaran fuerzas a García Monge, una ola de preocupación y malestar afluiría de todas partes, para congregarse en la patria de Omar Dengo e impedir que fenesca el señalero de varias generaciones, cuya luz debe seguir alumbrando las muchas rutas de América.

MAGDA PORTAL

Wash., D. C., 5 de octubre de 1940.

Estimado Director:

Le incluyo, para su posible publicación en Repertorio, *una primicia literaria: un recio poema de* Agustín Bartra, *a quien usted probablemente conoce ya. Se trata de un escritor catalán refugiado en la República Dominicana. Escribe en catalán y en español. Su notable libro de versos* El árbol de fuego (Colección Raíz y Estrella, Ciudad Trujillo, 1940) *es una traducción española hecha por el mismo autor, del original catalán. Dicho libro contiene poemas inolvidables:* Rapsodias a un soldado muerto, Los sacrificados, Voz en la noche. *De lo mejor inspirado por la tragedia de España. El poema inédito* "1940" *llegó a esta Oficina, remitido por su autor. Estimo que el poeta (quien, dicho sea de paso, carece de relaciones literarias en el Nuevo Mundo) se sentirá sumamente halagado si el* Repertorio *lo acoge en su seno.*

Reciba el cordial saludo de su afmo. amigo,

FRANCISCO AGUILERA
Oficina de Cooperación Intelectual

Sr. don Joaquín García Monge
Correos, Letra X
San José, Costa Rica.

La maestra de Pereira

(De *El Tiempo*, Bogotá, 21—IV—40)

Difícilmente podría encontrarse una calificación bastante expresiva para exaltar el caso de la maestra rural de Pereira que ha construido diez escuelas con su propio sueldo, según da cuenta una información de la prensa de ayer, de la cual no puede dudarse.

No por aislado y único deja de tener este caso un hondo y entrañable significado como síntoma de la mística cultural que se está originando en el país bajo el actual gobierno; porque para que se produzca un caso ejemplar como el de la maestra de Pereira, que llega a la cima más clara y alta de la abnegación patriótica, se requiere la existencia de un clima espiritual, intenso y fervoroso, que estimule y propicie el cumplimiento de hechos como éste, ante el cual el más efusivo elogio parece inexpresivo y pálido.

¿Podrían ahora las clases sociales económicamente más fuertes negar su contribución a la campaña desanalfabetizante del gobierno, en presencia del ejemplo dado por una modesta institutora rural? Sin proponerse otra cosa que la de realizar un sublime dictado de su espíritu, lejos de todo cálculo y de todo propósito interesado, la maestra de Pereira ha verificado una acción de repercusiones históricas en el país. El amor a la cultura ha llegado en ella a un grado verdaderamente místico, que nosotros anhelamos ver generalizado en la república; porque si hay una obra que requiera algo más que la acción oficial, una íntima e intensa cooperación de todas las fuerzas nacionales con las del gobierno, es la obra profundamente espiritual y humana de llevar a todos los colombianos la luz del alfabeto, sin la cual no habrá civilización completa en el país.

La maestra rural de Pereira debe ser en adelante el ejemplo y el símbolo de la maestra colombiana.

1940

(En el *Rep. Amer.*)

Para Concha Romero James

El hombre ya está cansado de no poder dialogar con los insectos
y de que se le diga que hay cosas más importantes en el mundo
que la mujer, las semillas y el martillo.
Entre su pequeño corazón y la vida
siempre hay un muro de bueyes dormidos, tan alto,
que ni el caracol ni la yedra se atreven.
Entre sus manos de carbón forjado
y la tibia lana de las ovejas
se extiende un cementerio de nubes y pájaros sin cruces de lluvia.
Ya está cansado el hombre de no poder recordar sus sueños,
de estremecerse cuando oye que los perros ladran al crepúsculo,
de pensar que en el aire hieden demasiadas razas de generales,
de ver que los verdugos se pasean con un corazón de naipe
pegado en cada mejilla
y de saber que cada flor que nacerá hasta dentro de mil años
tiene ya destinada su cadena.

Ya no puede contemplar las estrellas,
tanto su mirada está acostumbrada a yacer.
Ya no puede besar los árboles,
tanto su boca está cosida.
Ya no puede gritar por las orillas de los grandes ríos,
tanto su voz está dividida en pequeñas súplicas.

En los grandes puertos de aceite manso
su alma llora, solitaria,
por las largas avenidas aéreas de los mástiles,
donde el viento rompe sus violines de cristal,
donde palomas degolladas llueven amapolas,
donde las canciones de los grumetes se acurrucan en chozas amarillas.

Cada hijo de hombre y mujer lleva marcado el lugar exacto
donde la muerte abrirá sus labios de violeta,
y le tienen preparada una medida de cal
para su tumba infinitamente colectiva,
lejos de la rama de olivo y de las fuentes,
lejos de los cirios y de las campanas.

Hay luto en las recientes flores de los almendros,
en la túnica de la paz las esperas van poniendo sus huevos negros,
la sangre, maniatada, es conducida a los viejos molinos.
Pero aún hay quien interroga sobre los trigos,
aún hay muchachas que muerden ramos de lilas,
aún es posible trenzar los relámpagos
y ordeñar el agua de los cielos.

"Es preciso organizar el hambre,
es preciso organizar el hambre,
es preciso organizar el hambre."
repiten los yunques y las ventanas apagadas
a la sombra de los enormes silencios de las catedrales.

"Es la hora de escoger camino,
es la hora de escoger camino,
es la hora de escoger camino",
—el de las mariposas o el de los monstruos—
insisten las espadas, las vírgenes y los laureles.

Y se sienten aludidos los que tienen las anchas espaldas encorvadas,
los que conocen la sabiduría del hacha y del arado,
los maestros de la piedra, del acero y del cemento,
todos los que agitan sus racimos de sudores
y tienen sonido de flor en su llanto.

Y callan, sintiendo que se van olvidando las cosas más familiares.
Son como una fuga de nieblas hacia las espigas.
Sus pies de fuego descalzo buscan los más escondidos rocíos,
sus venas de hielo son redes para pescar lavas.
Quisieran enterrar la enorme campaña de su alma
en el lodo de las estrellas
y ponerse a cantar entre madreselvas.
Pero regresan, se levantan de nuevo a su dolor inmóvil
y sobre los hombros de la última noche
velan por la inocencia fecunda de la tierra,
oran por el ángel de las migajas
y sollozan sobre el dios de los panales y de los peces.

AGUSTÍN BARTRA

Indice del Tomo XXXVII

Autores y asuntos

